



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

## EL ENCUENTRO

Novela

Escrito el año 1981

Primera edición electrónica 2006

\*  
\*  
\*

EDITOR © Rolando Diez de Medina, 2006  
La Paz - Bolivia

“Nada hay más grande que el encuentro de dos que se hacen uno. Porque la pareja en el mundo físico o en el orbe espiritual es la clave de la Vida.”

EL MAESTRO DEL ANDE

1

Sentí que me dividía en mil pedazos. O en cien mil. Un millón talvez. O mucho más. Era una fuga de partículas pequeñísimas que de tan numerosas no podían contarse. No podías comprender el por qué de esa disgregación infinita. Era algo aterrador: sentirse despedazado hasta el último extremo y más y más... Y el proceso de división continuaba, continuaba en un suceder inacabable. Jamás creí que la materia — mejor dicho cuerpo y persona — pudieran reducirse o disolverse en tal manera. Me sentía un pececillo, o menos que la escama de un pececillo extraviada en el océano enfurecido. No podía hacer nada el torbellino que nos arrebató a mí y a las incontables partículas en que se descomponía el cuerpo que había sido. No podía luchar, ni explicarme, ni hacer nada; rodaba, rodaba simplemente en la confusión de cosa infinitamente pequeñas que antes me habían constituido y ahora se dispersaban en el remolino circundante. Pero de pronto tuve una iluminación y comprendí que mi conciencia se había refugiado en una de esas ínfimas partículas, en la partícula que yo seguía siendo a pesar de la atroz reducción de mi ser original. ¿Cuál era, dónde iba, qué hacía en esa vorágine de las cosas que se dispersan? No podía entenderlo. Sólo me daba cuenta de ser algo tan terriblemente mínimo que nadie podría reparar en mi presencia; y sin embargo esa pequeña aterradora tenía conciencia de existir, sentíase envuelta, arrastrada más no aniquilaba en el flujo universal de fragmentos incesantes que se acercaban y se alejaban a velocidades increíbles. Era un puntito, en verdad: menos que un puntito perdido en el laberinto cósmico. Y esa microscópica realidad se alzaba, rebelde, contra la marejada de las dispersiones que lo deshacía todo. Y de pronto supe que estaba destinado a la fuga interminable, que jamás conocería el reposo. Lloré sin lágrimas como lloran las minúsculas sustancias no visibles. Y luego ya sereno me entregué al feroz movimiento acelerado del torbellino que todo lo arrastraba. Todo.

1

Podría llamarse la Casa de la Dicha pues todo transcurría dócilmente enlazado, en el suave fluir de las horas tranquilas.

Un hombre, una mujer, tres niños. El recinto que los albergaba cercado por un alto muro de pinos como para protegerlos de intrusiones exteriores. El jardín ciñendo la casa con su grama verde, geranios, petunias, rosas y claveles. Espacio suficiente para correr detrás de una pelota o moverse sin hostigamiento de los muros. Ella, El y los tres niños en concierto armonioso no obstante la disparidad de carácter; cada cual una personalidad voluntariamente sometida al encanto familiar.

La menorcita se cae, llora y el Padre corre a levantarla. No se hizo nada pero es muy mimada y hay que consolarla. Los otros dos hacen pasar la pelota sobre una red: ríen, gritan se enardecen y sus voces resuenan mágicas en los oídos de los padres.

El hombre ha cogido la mano de la esposa y dice:

—Nunca lo soñamos al noviar tanta felicidad: tres hijos, la casa, el jardín, y nuestro amor sin medro, más bien acrecentado. Me miro en tus ojos oscuros y me siento dichoso.

Ella ha respondido:

—Mi dicha es verlos contentos a ustedes.

Han dejado jugar a los niños y tomados del brazo pasean por el patiecito y por los senderos del jardín. Es una tarde serena acariciaba por fina brisa. El sol enciende los colores en las cosas. Todo resplandece de una sutil beatitud.

Un coro inaudible de ángeles en el espacio. ¿Cómo puede ser? Siendo inaudible ¿cómo sabemos que se trata de un coro? El ha sonreído:

—Tal vez no los escucho, pero los presiento.

Ella responde calma:

—Tu siempre soñando...

La tarde cae mansamente.

Afuera ruge la tempestad humana en el torbellino urbano. Aquí, en este retiro hogareño, sólo placidez.

Contemplando el bermellón de las tejas, las nubes blancas bogando en el azul del cielo, la fronda de la acacia, una mariposa que se ha posado en el suelo, observando los juegos y las risas de los niños, admirando la cara de siempre novia de la esposa, el poeta ha recordado los versos inmortales de Goethe:

“¡Detente, oh bello instante!”

Y la pensado, a su vez:

“Que dure, que dure siempre...”

Una pareja de mirlo muy erguida, muy ministerial se ha detenido a pocos pasos. No parecen temer a los esposos. Y un hilo misterioso de correspondencia secreta liga la pareja humana al par de pájaros.

El agua se desliza suavemente del vertedero; sus gotas caen como latidos de un corazón apasionado.

Los niños entran corriendo a la casa. Ella y El quedan solos en el jardín. La emoción les impide hablar. Se han mirado con ternura y el ritmo del mundo ha entrado en ambos.

3

Éramos tantos, tantísimos, ejércitos sin fin... De pronto todos los minúsculos seres apretujados unos contra otros, empujándose, arremetiéndose, luchando por mayor espacio. Yo me sentía impotente para resistir el aluvión de presiones que me arrastraban en una fuga loca. Rodaba, rodaba... Bruscamente cambiaba el escenario: los pequeñísimos fragmentos se apartaban unos de otros a velocidad incontenible y me ví solo, aislado, en un espacio pavorosamente vacío. Esa alternancia de apretujamiento y soledad se repetía de continuo como si dos fuerzas afines pero distintas se empeñaran en el doble juego de atracción y repulsión. ¿Qué puede saber una partícula última del mundo en el cual gira y se confunde con otras infinitas partículas? No tenía idea de cuerpo, volumen, ni presencia física. Pero existía bajo la forma del átomo de un átomo, era una diminutísima conciencia abandonada en un mar de incertidumbre sin saber por qué estaba allí, reducida a una mínima expresión sola en verdad, indefensa porque las otras infinitas partículas no tenían relación alguna conmigo, acaso me consideraban una intrusa y se movían locamente, como yo misma. Sí, me sabía una partícula última de una materia desconocida y al mismo tiempo era un individuo brutal como los otros pugnando por afirmarse en el remolino de esas pequeñísimas sustancias en movimiento. Era, pues, macho y hembra a la vez, el perfecto andrógino, tan pronto una porción reducidísima de algo que no podía dominar, tan pronto un ser consciente que se pensaba a si mismo. Y el vértigo bullía, allí, afuera, en el espacio descomunal y dentro de mi minusculísima entidad. Rodaba, rodaba... sin poder parar, sin encontrar a qué asirme porque un vacío sideral y una compresión de multitudes afines me acosaban despiadadamente. Era un fragmento, un fragmento tan desdichado, tan desdichado...

4

Leía el “Diario de Viaje de un Filósofo” de Keyserling embriago por la inteligencia sagaz y sensible del gran lituano. Alternaba la lectura con breves pausas para observar el paisaje y sumergirse en las maravillas de la visión. Ahí, cerca, Ella jugaba con la pequeña y solo verlas era un deliquio. La mañana transcurría lenta y dichosa como la primavera florida.

La lectura se deslizaba plácidamente. De pronto como una nube oscura en el cielo azul del discurrir, la preocupación desvió al lector del libro: con los ojos fijos en un punto lejano reflexiona y sus reflexiones no deben ser muy optimistas. Ella, entonces, advirtiendo el ceño fruncido del marido se aproxima.

— Algo ha interrumpido tu lectura; ¿Qué te preocupa?

— El problema ese que te conté de la oficina; es un asunto muy enredado. No quiero acusar a nadie y sin embargo el deber me induce a transmitirlo al Jefe.

—Si algo mina la estabilidad de tu trabajo, afróntalo. Pero sería callar.

El le ha dado la razón. Ha vuelto al libro, aventando los pensamientos preocupantes.

Después ha dejado “El Diario de Viaje de un Filósofo” en el banco y los dos se han puesto a jugar con la pequeña. Juegan a las fotografías simulando tomarlas en caprichosas posturas. La niña imita a los padres con graciosos gestos. Ríen, se critican, dan gritos de sorpresa. No sienten el rumor de las alas del Arcángel. Pero están ahí.

Han regresado a la casa contentos; una hora en el parquecito en contacto con la naturaleza les ha devuelto la serena confianza en la Vida.

Al pasar por la capillita del Montículo, la Esposa ha dicho:

— Ven, entremos a dar gracias al Señor por este día.

— Tienes razón — ha respondido el hombre. Nadie sabe lo que ocurrirá mañana.

La casa los acoge jubilosa. El ejército de pinos se estremece de alegría. “Trucutú” da brincos en el aire y emite ladridos de gozo. Los dos chicos mayores aun no han regresado de la escuela todavía el refugio familiar está en calma.

Cuando los niños retornan la casa se convierte en una colmena toda llena de rumores, voces, gritos, a veces amenaza de llanto, rápidas carreras. Es tan difícil mantener el sosiego en un hogar con tres niños despiertos y vivaces.

A la noche, después de la cena, ya acostados los niños la pareja recupera su equilibrio. Van al estudio, escuchan la “Sinfonía Concertante” de Mozart cogidos de las manos cambiando imperceptibles presiones en los pasajes favoritos.

Hay luna llena. La pareja sale a pasear al patiecito de las confidencias. Después suben a la terraza a conversar bajo las estrellas. Esas horas de íntimo recogimiento no se cambiarían con nada. Pasean, pasean, y conversan: tienen tantas cosas que contarse los enamorados...

El aire puro de la noche se introduce a los pulmones. Enjambres de estrellas denuncian la actividad quieta del cielo. Luces en plaza España donde se envuelve en oscuridad la estatua de Cervantes. Pocos transeúntes en la calle. Al fondo el bulto armonioso de “Illimani”. Cruza una estrella fugaz y ambos piensan lo mismo: “Que sea siempre así.”

Al darse las buenas noches, el poeta ha dicho:

—Que te encuentre siempre a mi lado al despertar.

## 5

En verdad yo no sabía lo que era ni la dimensión de mi ser: ¿grande, pequeño, mediano, fuertes, débil, frágil? Porque todo se mide en relación al contorno y aunque me conocía fragmentos diminutos, a veces, al hallarme solo perdido en una inmensidad sideral creía ser algo grande, fuerte y poderoso, que se movía velozmente hacia metas lejanas las cuales huían a su vea de mi presencia. Luego volvían las aterradoras multitudes de seres girantes y alocados, me apretujaban, todos ellos apresurados, ansiosos, desesperados casi por no sé qué urgencia inexplicable. Observé que a ratos los enjambres de partículas minúsculas y yo mismo formábamos figuras geométricas de rara perfección: triángulos, cuadrados, rectángulos, círculos, rombos, pirámides. Luego figuras gigantescas como las constelaciones en el cielo. Y de pronto me pareció que toda esa danza loca de multitudes apiñadas y los desplazamientos solitarios en la tremenda inmensidad, obedecía a un plan prefigurado, a un sistema grandioso y oculto que sólo en instantes fugaces delataba su interna armonía. Pero esto acontecía, repito, fugazmente y después persistía el loco girar de cuerpos y almas. ¿Almas? Si: yo sabía que esos pequeñísimos seres, como yo mismo, tenían un alma dichosa o pesarosa, serena o angustiada que no podía guiar mas si comprender la rotación que la impelía. Y la carreta desatinada —o prevista— continuaba en fatal empuje. Yo nada podía hacer para interrumpirla ni para desligarme del enjambre de partículas que me arrastraba en su pavorosa rodadura. Y me preguntaba si giraba en el espacio cósmico o si lo hacía en una cavidad interior, vacilando entre las ideas de infinitud y de estrechez. Finalmente: era un prisionero.

## 6

El niño aparece con un moretón en el ojo: la primera pelea. El padre está furioso, quiere ir a pegar al padre del ofensor. La madre dice tranquila:

— Déjalo; que aprenda a defenderse.

Los cinco están en el Estudio. El poeta escribe, la mujer borda, los niños hacen tareas y juegan alternativamente. El toca discos desenvuelve una sonata de Beethoven. Aquí, en el Estudio no es como en el patio o el jardín; los niños han aprendido a conducirse con moderación, transcurren en tiempo de reposo.

El poeta se desplaza por las tres esferas de la atención; la hogareña, la musical, la literaria. Puede combinarlas a voluntad, sumirse en una para luego volver a otra y en

relampagueos mentales las percibe en tres planos coexistentes. El libro que compone surge a ritmo lento y sostenido. La felicidad no está reñida con la producción, más bien la sostiene y acrecienta.

La pequeñita se aproxima al padre: quiere que le dibujen una mariposa. El interrumpe su trabajo — ¡adiós Plotino! — y se pone a dibujar sin éxito, le falta habilidad. La pequeñita se enoja:

—Tú no sabes; ella sabe mejor.

Y la madre hace nacer una linda mariposa en el papel.

El hombre reanuda su trabajo pero los dos niños mayores pelean entre sí. El poeta vuelve a suspender su obra y hará de Salomón: tanto lápices para ti, tantos para ti, y el papel por partes iguales. Los dos se van refunfuñando, pues cada cual pretendía la parte mayor.

Una nube atraviesa la mente del soñador: ¿cómo pagar la hipoteca de la casa? Sólo faltan cinco días para el vencimiento del crédito y aun no tiene los recursos suficientes. Ha paralizado su trabajo.

Ella se aproxima vigilante. Advirtió la preocupación del hombre de la máquina de escribir y sorprender su secreto.

—¿Qué es? — pregunta—¿qué te aflige?

El ha dicho sólo dos palabras:

—El préstamo.

La esposa suelta la risa cristalina:

No te preocupes: vendemos las joyas de la abuela y aun quedará dinero.

El marido la mira con ternura agradecida. Y ha reanudado su trabajo disipada la nube que lo perturbó. El Estudio recupera su manso discurrir.

## 7

Lo que más me dolía era no poder comunicar con alguien, porque las otras partículas, fuese egoísmo, indiferencia, o en razón de su particular angustia, pasaban, se entrecruzaban en ligeros roces o en choques bruscos pero jamás se detenían ni a escuchar ni a verter confidencias. Sola, sola estaba sola en medio del torbellino. Un fragmento, una partícula, un algo tan ínfimo que nadie podía reparar en mí? Creía estar al centro de un mundo en expansión, pero también solía pensar que se trataba de una inmensa muchedumbre que se contraía hacia adentro. Una corriente eléctrica nos atravesaba a todos, si: yo sentía que todos éramos sacudidos por tensiones magnéticas que nos acercaban y nos distanciaban alternativamente. Tan pronto caíamos a un abismo insondable como subíamos en escalada interminable y todo tan vertiginoso que movía a risa y a llanto a la vez. Esa cosa indefinible que yo era... Nada, nada, no era en verdad nada, menos que un punto pensante, pero podía relacionarse con el enjambre dentro del cual me movía. Y las carreras sin sentido, los bruscos desplazamientos, esa marcha inexorable a un fin inexpresable me asustaban. Yo —todo-nada — giraba sin descanso, emitía y recibía llamados no respondidos, impulsaba mi propia marcha o era conducido. ¿Quién podría decirlo? Y ello ocurría en un ámbito más oscuro que claro, iluminado a veces por relámpagos fugaces que surgían de nuestra propia identidad. Orbe impersonal aquel porque no se puede referir a personas lo infinitamente pequeño que se mueve dentro de lo infinitamente grande. Alguien sollozaba en una cercanía enigmática. O sonaban risas lejanas. Y el zumbido, el zumbido enloquecedor del enjambre que se movía sin pausa. Yo: el fragmento.

## 8

Afuera, en la calle o en la oficina, todos eran problemas. Intrigas en el periodismo, fallas en el despacho, reclamos de los empleados, la atención al público siempre quejoso, siempre

descontento, los pagos semanales que a veces no pueden cumplirse, la injusticia del jefe, las malas pasadas de los compañeros. Encima las noticias del cable: guerras, éxodos, inundaciones, accidentes, hambruna, revoluciones, terrorismo, dictaduras crueles, democracias corruptas. Dijérase que el mundo es presa del mal y de los desastres.

El poeta, entonces, se decía a si mismo: "Haz lo tuyo, cumple tu deber. No puedes arreglar el mundo. Mientras vayas en paz con Dios y tu conciencia, mientras tu hacer sea provechoso a los tuyos y a los demás todo estará bien aunque todo aparente mal."

Pero las fricciones cotidianas no cejaban: había que soportar las cien impertinencias del trato humano. Y tragarse dificultades y disgustos porque nadie es verdaderamente feliz en el colmenar de los días.

En la acción grande, observando cómo todos trataban de arrojar la culpa de las fallas a su sección, sin atacar de frente sino por insinuaciones astutas, en modo indirecto, el soñador amargado por la indignidad de las maniobras de sus compañeros, se disponía a responder con brusquedad las críticas injustas. Se leía un documento largo y tedioso. Repentinamente el poeta vió brillar una luz secreta en su corazón: Ella y los niños lo aguardaban en la casa, y los libros, la música, el jardín, el parquecito, el perfume de las rosas y el silbo de los pájaros. Se apaciguó pensando en su retiro hogareño, recuperó la calma y ya sereno, lógico, refutó uno por uno los cargos injustos. Tuvo suerte: el Presidente del Directorio, hombre recto, le dio la razón: los envidiosos se vieron frustrados. El soñador no se holgó de su victoria, les tuvo lástima y pensó: "yo no sería capaz de hacerles daño."

Abandona la oficina. Ahora pasa por la librería, se deleita mirando las vitrinas, absorbiendo los títulos. Entra y sale con un volumen flamante: "Historia de la Cultura Griega" de Burckhardt. Luego pasa por el almacén de música: suspira, no tiene dinero suficiente para comprar las Sonatas para violón y piano Beethoven, donde figura la Kreutzer, tan amada por su compañera. En cambio se acerca a una frutera y adquiere lindas manzanas que sabe siempre se acogen con júbilo en la casa. El soñador es, nuevamente, un hombre feliz. La luz, el sol, el aire, el paisaje, caminar entre adultos y niños, observar los escaparates de las tiendas le ha devuelto confianza la vida. La oficina oprime la avenida fascina.

Llega a la casa y al introducir la llave en la reja que le abrirá acceso al reposo, se siente otra vez dueño del mundo, de "su" mundo: los tres niños que salen a recibirlo gritando de alegría, "Trucutú" que mezcla sus ladridos de júbilo a las voces infantiles y adentro, siempre hacendosa, siempre limpiando cuartos y cosa, linda, fresca, seductora Ella, la muy amada, que con solo su presencia enciende el día de un mágico resplandor.

¿Sabe alguien lo que significa encontrar siempre a la esposa en casa? Quien lo ignora desconoce la maravilla de contar con la compañera fiel a toda hora.

Yo imaginaba que también las otras partículas o fragmentos pequeñísimos tenían conciencia, se daban cuenta de la atroz carrera sin fin. ¿Comunicarían entre ellas, tendrían puntos de contacto, obedecería a un fin su espantoso rodar hacia el vacío; o mas bien como ejércitos bien adiestrados hallaban un sentido a su incesante desplazamiento en el espacio? Yo quería acercarme a ellas, contarles lo que me sucedía, participar en sus particulares experiencias pero no escuchaba ni era escuchado: sólo el girar incesante, unas veces de la turbamulta, otras en soledad irremediadamente. ¿Era, en fin, una pequeñísima conciencia en una reducidísima materia? Recordaba algo que había sido antes, o creía imaginar lo que podría ser después... Pero no, en realidad ni retrocedía en el tiempo ni domeñaba el espacio; mas bien como un pobre ser cautivo en la inmensidad girante de innumerables partículas me abismaba en un universo incomprensible, siempre en revolución y en movimiento. De pronto creí ver una señal lejana, algo que fulguraba como queriendo hablar: pura ilusión; cuando el fragmento lejano se acercaba pasaba raudo y se movía hacia nueva lejanía confundido en el enjambre que todos nos perdía. El zumbido isócrono no aturdía, pues algo de musical lo sostenía. Tampoco yo me sentía mareado, como si fuese un viejísimo habitante de ese moverse sinfín connaturalizado con mí extraño destino de materia animada y consciente de un inconsciente rodar. Admiraba cómo se articulaban y desarticulaban los otros fragmentos en un juego rítmico del que yo participaba mas no por mi

voluntad ni concertado con los otros, sino movido por una fuerza ciega que me atraía y me distanciaba del enjambre. Cierta vez ví cómo, a la distancia se abría un agujero negro y se tragaba una inmensa masa de partículas en un sorbido aterrador; entonces comprendí que el enjambre no era uno sino muchos tan apretados de agrupamientos y vacíos que no se podía imaginar ni remotamente sus dimensiones pavorosas. Perdido en ese infinito universo de líneas, curvas, círculos y tensiones encontradas me sentía cero en esa creación girante y atorbellinada. Podía proyectar mi conciencia —acaso lo único que en realidad me quedaba grandes distancias, imaginar probabilidades acaecibles, pero en la infinita inmensidad toda proyección razonable se desvanecía en el espacio. Y en el tiempo. No era nada y sin embargo no dejaba de ser, aunque sólo fuera por esa minúscula percepción concienzuda.

10

Deslumbramiento: el Concierto en Sol Menor de la Opus 12 para violín y orquesta de Vivaldi, ya nunca igualado por el centenar de conciertos para el mismo instrumento del “Prete Rosso” ¿Cómo puede ser, alegría y melancolía en una misma obra? Victoriosos el “allegro” y el “presto”, de nostalgia hondísima el “andante”, como pena largamente expresada. Misha Elman no ha sido superado por violinista alguno en esta interpretación magistral. El soñador se sumerge en el océano sonoro que habla de la fugacidad de la belleza y el resplandor de los instantes privilegiados.

De pronto suena el teléfono: ¡adiós Vivaldi! Llamen de la oficina, caso de urgencia. El poeta bruscamente arrancado del mundo ideal sube al “Opel” y se dirige al encuentro del mundo real: el Gerente ha expulsado a las tres dactilógrafas y necesita alguien que sepa teclear la “Olivetti”: él sabe sólo dictar y por eso acudió al Secretario General. Hay que presentar un documento a la Renta impostergablemente a las 8 de la mañana siguiente. El soñador hace de mecanógrafo con buena voluntad; el jefe es bueno y es un deber complacerlo. Se perderán la cena familiar y el paseo a la luz de la luna.

Se trabaja hasta la medianoche. Sin descanso, sin alimento, apenas un vaso de papaya. El Jefe agradecido, no sabe cómo expresar su reconocimiento.

— Yo sabía que sólo en usted podía confiar.

—Era mi deber, señor...

—Cualquiera otro habría dado un pretexto para no venir. Al fin y al cabo yo no puedo obligar a nadie a trabajos nocturnos.

—Digamos que estoy satisfecho de haberlo complacido.

El poeta regresa a la casa con un sentimiento de tristeza: un anochecer perdido ¿quién lo reemplazará? Ella lo espera, no ha podido conciliar el sueño. La sonrisa acogedora, los ojos brillando de ternura devuelven su alegría al hombre. Está otra vez con los suyos, fue arrancado de su centro vital pero ha sido restituido a él y vuelve a insertarse en el ritmo profundo y tranquilo de la casa.

El sueño no llega rápido. Las incidencias del día, las preocupaciones económicas, el trabajo nocturno que dejó entrever una fisura en el proceder de la gerencia, las rebeldías de los dos niños mayores en la escuela, las primeras goteras en el techo, los problemas de los padres, las desventuras de la Patria, todo es motivo de análisis e incertidumbre. El soñador no puede dormir. Escucha la respiración rítmica y suave de la esposa: “es un ángel —su mundo hogareño es más fácil de gobernar que el mío sacudido por tensiones externas.”

Y pensando en la bondad y en la hermosura de Ella, el marido concilia finalmente el sueño. La casa escucha, contenta, el respirar sosegado de sus cinco moradores.

11

No comprendía y creía comprender. ¿Por qué ese rodar sin término, por qué esa incomunicación desoladora, por qué yo, microscópica realidad en una inmensidad sideral? No

7

encontraba signos de comparación: no había tierra, cielo, cordilleras ni mareas; sólo el enjambre huyendo, huyendo siempre a velocidades vertiginosas que jamás conocerían reposo. No tenía sentido, sucedía sin embargo. El fragmento-partícula hundido, perdido en el hervor del conjunto inabarcable, inimaginable siquiera... Ardía en el deseo de entender pero no tenía la voluntad de manejarme por mi mismo.

Recordaremos esas palabras de antiguo valor, de definida precisión átomo, molécula, electrón, neutrón, positrón, partícula elemental, orbe nuclear y ninguna daba vigencia a lo que me acontecía. Porque yo veía sin abarcar el conjunto, escuchaba sin clasificar los sonidos. Carecía de tacto, de facultades olfativas, del gusto puesto que no requería de alimentos. Sólo esa extraña circunstancia de saberse y sentirse vivo, arrastrado por la muchedumbre de seres afines que nada dicen ni revelan nada. Girar, gira, girar, sin pausa... A veces un ruido aturdidor, a veces sólo zumbido familiar. Divisaba unos puntos luminosos lejanísimos que se aproximaban rapidísimos y luego desaparecían a remota distancia. O sentía que el enjambre se extendía y se contraía alternativamente haciendo gemir a las últimas partículas que lo constituían. ¿Sería un ascenso, sería una caída? Mas bien un avance horizontal, una fuga multiplana, o acaso un revertir sobre si mismo del enjambre que se arrollaba y se desarrollaba simultáneamente. Era yo un prisionero del infinito espacio, de la tremenda velocidad, de la soledad-en-compañía. Motor incansable que parecía existir de siempre y no detenerse nunca...

12

Llegan los "Fragmentos" de Novalis y "Los Discípulos de Sais". ¿Qué mundo revelaciones! ¡Qué profundidad en las ideas, qué vuelo alado de las imágenes! El amante de Sofía Kuhne descubre parte de los misterios que envuelven al sueño de la vida y a la vida del sueño. Hace pausas en la lectura para absorber mejor la hondura de sus páginas. Cierra el libro, acaricia el cuero del empaste, huele su fragancia, vuelve a abrirlo para proseguir la lectura. Y el encantamiento sigue, sigue, porque Novalis es inagotable: está abriendo puertas a los sentidos y al entendimiento. Sus "Fragmentos" contienen más que muchos sistemas filosóficos, "Los Discípulos de Sais", aun inconclusos, son tal vez el relato poético más sugestivo jamás realizado. El soñador agradece al Señor y a las Musas que le hayan traído desde la Alemania hiperbórea estos mensajes de luz y de belleza.

— Ya es tarde; apaga la luz y duerme. Tienes que descansar — advierte la esposa con suave voz.

El poeta se despide de Novalis con tristeza y obedece. Ella sabe mejor lo que le conviene.

A la mañana siguiente querría reanudar la lectura de los libros amados, pero aguardan impostergables deberes: gimnasia, la ducha, afeitarse, el desayuno, vestirse y salir al encuentro de otros cien deberes que esperan en la calle y en la oficina. El mundo novaliano deberá esperar con sus rubíes, sus zafiros, sus esmeraldas, sus topacios, su pedrería prodigiosa. Porque todo en él es comunicación, revelación, sorpresas pensantes y hallazgos en la forma expresiva.

Encuentro con Elías, compañero de colegio, después de 15 años. Elías desciende de un lujoso Chrysler. Visto con elegancia. Un centelleante rubí en el anular. Conversan. El amigo es un poderoso capitán de industria: posee tres fábricas, gana mucho dinero, tiene una casa en Miami y otra en Niza, además de la residencia en La Paz. Se interesa por la vida del soñador, le propone trabajar con él.: "tendrás que viajar permanentemente por el giro de mis negocios, pero ganarás diez veces más de los que percibes en tu oficina."

Luego se queja, sus nervios siempre están alterados, la mujer no lo entiende, los hijos son caprichosos y desamorados, los negocios absorben todo su tiempo.

El poeta no envidia al amigo victorioso y no acepta su oferta: ¿viajar mucho, separarse de los suyos? Nunca. Es mejor seguir como está. Cuando cuenta el encuentro a la Muy Amada ella lo premia con sonrisas y lágrimas: ha comprendido.



Esa traslación sin término ¿qué significaba? Me sentía como el pasajero de un avión monstruoso volando entre nubes cerradas, a ciegas, a veces en compañía de otros pasajeros igualmente angustiados; o bien caía en un vacío espantable: solo, solo, solo... También era frecuente saberse impotente, arrastrado de un punto a otro, sin dirección, sin itinerario, mientras el propio enjambre cruzado rozando otros innumerables enjambres que pasaban a gran velocidad. Y todo sucedía a manera de brascas descargas eléctricas, no es un curso igual y sostenido, sino más bien como en raptos de fuerza desiguales. Un salto, dos y tres, en fin: millares. Solía pensar que escuchaba el rumor de gemidos voladeros, o que dejaba atrás unas risas y unos gritos sin sentido. Mi pequeñísima conciencia sentíase agobiada por el asedio de mil incidentes dispares: chispas, estelas, choques, cruces, vueltas rapidísimas, curvados trances increíbles, vuelos en línea recta, vuelos parabólicos como volviendo al mismo sitio. En fin: un pandemonio porque nada parecía tener sentido y sucedía, sucedía solamente en un remolino de remolinos que se acosaban y se alejaban alternadamente. Yo, perdido en la gigantesca llamarada — porque a ratos creía ser un puntito de una explosión solar — sabía que no sabía nada, que me era imposible precisar qué hacía, por qué lo hacía, ni cómo iría a terminar la fuga indescriptible a través de un espacio vacío, poblado de enjambres y partículas y sin embargo vacío, vacío de forma y de sentido porque todo rodaba misteriosamente sin fin, sin principio, sin causa, sin desenlace... Creía recordar hechos anteriores cuando tal vez no era una partícula elemental, sino algo mucho mayor, qué sé yo... Pero esas fugaces intuiciones o recuerdos se desvanecían rápidamente, lo mismo que otros presentimientos de lo que podría ocurrirme más tarde. En verdad sólo podía concentrar mi atención en esa loca y vertiginosa carrera demonial de partículas entre partículas, de enjambre entre enjambres, ¿y acaso podría ser también de conciencias con conciencias? Si supieras lo que acontecía en las otras partículas... De pronto un pensamiento me dejó aterrador: ¿y si sólo yo tuviese conciencia y todas las demás, partículas o enjambres, fuesen entes ciegos inconscientes de lo que les sucedía? Horrible duda: no tener con quien comunicar nunca, nunca...

La casa es hermosa, la casa es tranquila. En sus muros protectores estrellan las dificultades y los disgustos. El hada que la preside con la varita mágica de su ternura aleja todo contratiempo. Los niños encantan la mañana, el jardín la esmalta, las aves la glorifican. Se respira un aire más puro, la coloración de las cosas es más viva. La casa es tranquila, la casa es hermosa.

El soñador recoge la honda melodía de un “andante” de Tartini, lo invade una vaga tristeza que también en medio de la dicha aparece la sombra de la melancolía: ¿por qué si todo sonrío en torno? Un rayo temeroso cruza la conciencia: sí, podrían terminar salud, actividad, equilibrio hogareño, la remansada creación del artista, las inquietudes del habitante del vertiginoso mundo exterior, el sosegado retiro del soñador... Podrían terminar... Pero no, no es posible, las alas del Arcángel protegen esta morada de paz. Nada adverso sucederá. Y la calma vuelve al poeta y la casa recupera su ritmo pausado.

Han venido los amigos a escuchar la lectura de un cuento fantástico; se llama La Enmascarada. Oyen con atención, sin interrumpir al soñador. Termina la lectura y Gonzalo, el más impetuoso, dice:

— No puede haber más fantasía, es maravilloso.

Los otros amigos emiten opiniones dispares:

— Demasiado imaginativo.

— Excelente la trama, increíble el desenlace.

— La mujer debió caer y no ser vencido el hombre.

— Se aparta de lo real, no me gusta.

— Nunca leí un cuento tan misterioso.

— Es original pero no convence.

— Me gusta porque rompe todas las reglas. Esa Enmascarada es una creación inolvidable y el cuento, todo, sensacional.

— Es un relato increíble.

— Yo lo habría terminado de otro modo, no en forma tan fantástica.

Se discute largamente, unos sí otros no. La reunión se disuelve y deja al soñador una extraña sensación de duda: ¿es bueno, es malo su cuento, serán sinceros los amigos que expresaron su criterio adverso?

En la noche, paseando en el patiecito de las confidencias, cuenta a la esposa lo sucedido. Ella que conoce y admira la narración de “La Enmascarada”, expresa su parecer.

— Si no fuera excelente tu relato, todos lo habrían aplaudido; es la envidia la que late detrás de los descontentos. Un cuento fantástico siempre es resistido, por eso, porque escapa a la comprensión general.

El soñador estrecha junto a si a la Bien Amada.

— ¿No será que lo dices para levantarme el ánimo?

Ella sonríe dulcemente:

— Tú no necesitas estímulos. Eres poeta, sueñas, creas... ¿qué te importan los envidiosos?

La compañera no sabe mentir. Otras veces ha reprobado sus creaciones. Ahora dice verdad. Ella es su mejor juez, tiene un criterio infalible. Y olvidado de los amigos que se manifestaron adversos a su relato, el poeta ha conciliado rápidamente el sueño.

A la mañana siguiente lo despierta el canto del coquero melodioso, corto, presagio de ternura.

El soñador se viste, desayuna con la esposa y los hijos, sale a pasear al parquecito, aspira el aire puro de la mañana, agradece al Señor por este nuevo día de luz, de sol, de placidez. Vuelve a la casa y comienza una nueva narración: “El Vuelo”.

Los movimientos que conducían el enjambre eran diversos: tan pronto se me antojaban la caída de una estruendosa catarata, como fingían una erupción plutónica. O inmensos círculos, anillos que se desplazaban en giros gigantescos. O carreras lineales en vertiginoso avance. Y se producían choques y encuentros de enjambres contra enjambre pero lo admirable resultaba que no se hacían daño unos a otros sino que se penetraban sin romper la propia unidad y al retirarse cada cual recuperaba su forma primitiva. Me iba acostumbrando a esos enlaces y desenlazamientos sucesivos. Rodábamos, rodábamos... Parecía una marcha sin fin. Perplejo, desconcertado, desfalleciente, fragmento mínimo y solitario, no encontraba respuesta a mis preguntas porque había con qué ni con quien comunicar. Rodábamos, rodábamos. De pronto unas chispas velocísimas se entrecruzaron con la masa del enjambre, y me ampliaron la visión millones de millones de veces; entonces pude ver, en remotísimas lejanías, como estallaban mundo volando en infinitos pedazos, y cómo se formaban otros con los fragmentos de los destrozos. No estábamos solo ni eran únicos los enjambres que ya conocía porque todo sucedía como si las compactas multitudes salieran unas de otras en procesión inacabable, y era un flujo incesante de partículas y partículas, de enjambres y enjambres, de mundos y mundos, de manera que no había límites ni fronteras en el tremendo espacio que lo contenía todo. Creí comprender que el Río Primordial lo envolvía todo y luego lo desenvolvía en un movimiento sin fin. Me

asombré de la infinita grandeza del universo al cual pertenecía y de la infinita pequeñez de mi partícula-conciencia. ¿Por qué, por qué estaba como encadenado a esa grandiosidad inmensurable yo, ínfimo fragmento de mundos torrenciales que se acercaban, se confundían y luego se separaban a increíble velocidad? Lo espantoso consistía en que ese miserable fragmento tenía conciencia de lo que acontecía en el terrible universo múltiple que lo rodeaba. Y la pesadumbre de tan inexplicable destino caía en mi minúscula existencia: caía, caía, caía...

16

Sumido en la majestad del canto gregoriano el soñador había escapado al mundo real. Sentía una beatitud desconocida que lo invadía lentamente: era un simple átomo del mundo sonoro que lo envolvía por completo. Soñaba, se dejaba estar... Los pensamientos se dispersaban, se fundían en una onda de placidez.

Bruscamente el mundo mágico del recitativo y los coros es quebrado por una vocecilla infantil: la niña entra al Estudio y exige imperativa:

— Papito, quiero jugar contigo.

El poeta accede al deseo de la niña. Detiene la música, se sienta en la alfombra afelpada y se pone a jugar con la criatura.

Algo después entra la esposa con los otros dos niños. Al silenciar la música ha comprendido que el marido está otra vez bajo la dictadura de la niña.

El chico, a su turno, pide perentorio y celoso:

— No juegues con ella, pon las marchas militares, desfilarémos.

El hombre pone las marchas militares en el tocadiscos y munidos de sendos palos-rifles desfilan por el Estudio. La Esposa y los otros niños aplauden. Luego el chico pide que todos marchen y no tarda en formarse la caravana de los cinco desfilantes.

La pequeñita pide bailar en brazos del padre. Es complacida. Después de casi una hora de entretener a los hijos, el soñador pide descanso: que lo dejen escribir un poema. Suena la música, los chicos juegan y gritan la esposa lee un libro de arte, el poeta los mira, contento; luego se concentra y escapando al exterior bullicioso se coloca frente a la "Olivetti" y comienza a fluir el poema dócilmente.

Un espectador que llegase de afuera no podría entender cómo en medio de tanto movimiento y ruidos puede el soñador concentrarse inmune a la agitación que lo rodea.

— No, no me molesta. Es la dicha hogareña que me permite sumirme en mi tarea —ha dicho a la esposa que ha preguntado si puede llevarse a los chicos para dejarlo tranquilo.

— No, quédense, necesito sentirlos cerca. Ocurre como en la tempestad, todo se mueve violentamente pero al centro el ojo del huracán permanece sosegado. No me perturben, mas bien me inspiran.

Ella ha sonreído feliz de ver que el hombre puede dedicarse a lo suyo sin alejarse de la familia.

Suena el teléfono: el poema quedará inconcluso. Se pide al poeta un discurso para el Jefe de la oficina. Traspaso del quehacer jubiloso a la obligación pesada. Pero todo se mantiene igual: la esposa lee, los chicos juegan, la música de Scarletti vibra en el tocadiscos. El poeta saca un papel y coloca otro en el rodillo de la máquina de escribir. Nace el discurso. Ella dice:

— Me admira la facilidad con que saltas de un tema a otros, y la rapidez con que escribes.

El ha explicado con sencillez:

— Es la costumbre; comencé a escribir desde la adolescencia y la práctica constante forja una técnica de expresarse.

Pero ambos saben que no es solamente así. Es algo que baja de arriba, concedido a pocos, una suerte de magia que fabrican a medias la vocación y la perseverancia en la tarea. Cosas de Dios.

17

No tenía idea si el vertiginoso rodar del enjambre tendía comienzo o fin, o si se trataba de un movimiento perpetuo. Me parecía estar como encerrado en una cápsula invisible que me imposibilitaba comunicar con las otras partículas, y sin embargo veía y escuchaba con prodigiosa extensión. Oleadas impetuosas nos estrujaban unas con otras, gigantescos evoluciones nos apartaban en amplio despliegue. Éramos gobernados —miseros fragmentos— por una fuerza desconocida que nos manejaba a su antojo; a veces me parecía oír una risa monstruosa que se burlaba del mundo infinitesimal que movía, y otras me inundaba una sensación de paz dentro del inusitado movimiento. En cierta ocasión ocurrió algo inusual: ví desfilar un ejército innumerable de partículas perfectamente alineados que desprendido del enjambre se alargaba, se alargaba infinitamente hasta perderse en el confín. Después los enjambres se precipitaban en una descomposición pandemónica, salían de sus cauces aventaban sus partículas y las volvían a atraer. Luego sobrevinía un derrumbamiento de los grupos afines y extrañas incursiones de otras partículas parecían invadirnos. El aire se poblaba de agudos zumbidos o se producían momentáneos silencios de horrenda inquietud. Descargas eléctricas no sacudían fuertemente. Nuevamente ví, lejísimo, un desintegrarse de mundos remotos que yo podía ver cerca a pesar del abismo espacial que me separaba de ellos; y en otros remotísimos confines vi también formarse nuevos enjambres que se articulaban con pasmosa celeridad. Yo quedaba estupefacto, como habitante de un mundo en dos dimensiones: en una todo se producía en forma lineal, definidos los bultos y los espacios; en otra todo se desvanecía en espiral y los vacíos eran más interiores que exteriores. Y todo esto ocurría sin que dejásemos de movernos intensamente las partículas dentro del enjambre que a su vez se movilizaba hacia las dos dimensiones de la extensión y del vacío. Subí en una llamarada de partículas delirantes, caí velozmente en una aglomeración de mínimos fragmentos espantados. Nos movían y nos arrojaban de un extremo a otro y yo no podía comprender por qué, a veces, me sentía sólidamente protegido por el enjambre poderoso en el cual estaba incluido, y otras, en una mutación rapidísima me encontraba solitario perdido en el espacio infinito. Tales transiciones de lo colectivo a lo individual se sucedían en forma intermitente. Girábamos sin descanso, girábamos... Tan pronto en confuso torbellino, tan pronto en formaciones de precisión geométrica como si un poder astuto se gozara en componernos y descomponernos para volvernos a organizar en infinita combinación de trazos. Ocurría todo en una magnitud superior al cielo, más grande que el océano, en una dimensión de altura, extensión y profundidad inimaginable. Lo visto y oído era muchísimo, pero yo comprendía que lo inabarcable y lo invisible era atterradoramente más.

18

El soñador llegó jubiloso a la casa:

— Estamos invitados para asistir a la coronación de la Reina Isabel II de Inglaterra.

Ella no acoge con entusiasmo la idea, sería penoso separarse de los niños. El insiste. ¿acaso no están los abuelo par cuidarlos? Serían sólo veinte días.

Comienza los preparativos del viaje. El poeta lleno de entusiasmo, la esposa desganada. Conocer el mundo fabuloso de las reinas y las cortes imperiales ¿para qué? Si el mundo está aquí, en este pequeño recinto amurallado por los pinos donde cinco transcurren dichosamente.

Pocos días después al hombre le fue aclarada la invitación: era individual, sólo un embajador sin la señora. La mujer se alegró, el marido estalló de indignación:

—¡Pero qué se han creído los de aquí y los de Londres! ¿Qué yo iría sólo?

Ella explicaba solícita:

12

— No es un desaire, te han aclarado que de todo los países sólo un embajador sin señoras. Quiero que vayas, será una gran experiencia para ti; acaso ésta sea la última Reina que se corona en Occidente.

El soñador es categórico en su rechazo inicial:

— Quería conocer Europa contigo. No voy.

Se produjeron ruegos, gestiones, maneras de allanar el problema. La esposa podría ir más no asistiría a los festejos reales El poeta hirvió de cólera: “¿yo en la Corte Imperial y mi esposa encerrada en el hotel? Ofensa sobre ofensa. No voy.”

Ella le rogó que reflexionara y mudara su decisión: debía asistir a la Coronación, sería una experiencia inolvidable...

Pero el poeta se mantuvo firme: sin ti, no voy.

Parientes y amigos se empeñaron por solucionar el problema: el soñador y su esposa debían concurrir a la Coronación. Pero no se pudo salvar las rígidas normas del protocolo londinense. Cada embajador asistiría solo.

El no vaciló un instante: ¿dejar en la sombra a la esposa? ¡Jamás! Y declinó cortésmente la invitación.

Así fue cómo el poeta se perdió la Coronación de la Reina de Inglaterra, porque la suya, la Reina María fue olvidada.

Ella, confusa y triste, se lamentaba:

— Debiste ir, te has sacrificado por mí.

La respuesta del cónyuge brotó instantánea.

— El deber no es sacrificio; además el aire neblinoso de Londres no se compara con el aire puro de nuestras nieves pacañas.

Por la noche, en la terraza, los esposos conversan.

— No me conformo con que hayas perdido la Coronación en Londres —dice ella.

— Peor habría sido perder 20 días con ustedes que jamás los recuperaría.

— No se te presentará otra ocasión análoga; te quedarás sin conocer Europa...

— La llevamos en la mente y en el corazón, seguiremos aprendiendo en los libros.

— Renunciaste por mí...

— No hacerlo habría significado faltar a nuestro amor.

La esposa insiste cariñosa:

— El Presidente es tu amigo, comprendería ¿no podrías decirle que retiras la renuncia y emprendes el viaje solo?

El soñador ha contestado:

— No me gusta desdecirme. Mi musa vale más que la Reina de Inglaterra.

Siguen el paseo nocturno en silencio. No encestan comunicarse con palabras. La oscuridad de la terraza esconde lágrimas de reconocimiento en los ojos de la Muy Amada. El poeta, feliz, se siente más hombre, más digno, más respetable que el mejor caballero de Britania.

19

No había luz solar en el espacio tenebroso dentro del cual nos movíamos; soles, estrellas, tal vez pero lejísimo sin que su luz llegará al enjambre pero lo extraño resultaba que a pesar de esa difusa penumbra se distinguía perfectamente todo lo que acontecía. De pronto el enjambre se distendió en un inmenso arco que cubría los horizontes y dentro de ese arco se movían otros enjambres como ejércitos desplegados. Sin que comprendiera el porqué, sentí que era la partícula-motor que movía la masa galáctica de las partículas: ¡sí, yo lo animaba todo y el tremendo combate, la embestida de los otros enjambres al nuestro y su rechazo, dependía de mi conducción que se producía en forma ajena a decisiones inteligentes, más bien por intuiciones de eléctrica continuidad! Luchamos largamente con furia arrolladora ellos con valerosa energía rechazante nosotros. Por fin los enjambres atacantes se alejaron sin haber podido romper la línea elástica y fuerte del arco que se les opuso. Creí sentir que las partículas convergían en señal de reconocimiento a mí, su general vencedor en la batalla; pero en ese instante el enjambre abandonaba su posición curvada y se aglomeraba en nuevas formaciones romboidales. Desapareció el movimiento de simpatía hacia mí y volví a ser nadie, nada una ínfima partecilla perdida en la inmensidad del enjambre. Dudé haber dirigido la defensa de nuestro mundo enjámbrico mas quedaba, siempre, una vaga sensación de haber sido la fuerza impulsora de nuestra sobrevivencia. Más tarde nos atacaron los otros enjambres con descargas aisladas de saetas agudísimas que nos acosaban, simultáneamente por todos los ángulos. Sufrimos algunas pérdidas mas nos repusimos prontamente y con recíprocas descargas de punzantes chispas velocísimas pusimos en fuga a los atacantes. Recuerdo con pena ese tiempo de batallas en las cuales me sentía partícula-cabeza de grandes acciones osadas. Pero eso fue accidental. Luego los enjambres se separaron, cada cual se restituyó a la primitiva posición y yo volví a ser una miserable partícula-conciencia del enjambre mayor al cual pertenecía. Me invadió una sensación de pesadumbre y abandono por lo monótono de mí existir. Siempre fuga, siempre en expansión, en carrera desenfundada hacia una meta ignorada.

20

Por una mala maniobra del otro conductor el poeta está a punto de chocar. Descienden, ambos, de sus vehículos y la discusión termina en golpes. El otro conductor es un hombre alto y fornido que podría noquear al poeta si le asesta un buen golpe. El poeta, que ignora el arte de pelear con los puños, pero que es intrépido, se cuelga del cuello de su contrincante. Cambian algunos puñetazos sin consecuencias y son separados por estudiantes. El otro conductor tiene el labio partido, el poeta ha recibido dos fuertes golpes en las costillas.

Al día siguiente un diario comenta el incidente: el soñador se trenzó con un exboxeador actual guardaespaldas de un embajador que pudo haberle causado serias heridas.

Enterada del suceso ella le reprochaba:

— ¿Cómo es posible que te hayas expuesto en esa forma?

El marido contesta:

— Me insultó y tuve que darle el primer golpe.

— Pero tú no eres un jovencito para pelear en la calle.

El hombre está avergonzado:

— Es el genio ¿sabes? No puedo con él. Todo lo que leo en los filósofos, la serenidad del chino, la cordura de los maestros helénicos: pura música. El diablito de las pendencias saca a relucir sus garras a la menor provocación.

— Promete que será la última vez.

14

— Prometido.

El artista recluye muy al fondo al luchador; el poeta es otra vez el poeta. No guarda animadversión al adversario aunque sus golpes todavía le duelen.

Sale al jardín. El olor de la resina que exhalan los pinos devuelven confianza. Este es su mundo, esta debería ser su única ocupación: gozar de la naturaleza, escribir. Pero la vida impone mil preocupaciones y para ganar el derecho al sosiego hay que fungir también de varón cotidiano, de hombre callejero, rozarse con las gentes, exponerse al peligro de las fricciones personales. Primero es el hombre, después el artista. El poeta piensa no sin amargura que el ser más pacífico está expuesto a perder los estribos en la barahúnda humana.

Y debe ser, necesariamente, así porque si no ejerciera sus funciones vitales de masculinidad ¿qué sería del pobre soñador zarandeando por las asperezas del vivir?

“Hice promesa de no volver a verme envuelto en trifulcas. ¿Podré cumplirla?”

21

Me desesperaba la monotonía de la vida en el enjambre: siempre lo mismo, el flujo incesante de las partículas que se despliegan, se pliegan, toman curvas caprichosas, arremeten, se concentran, se dispersan y vuelven a reunirse. Y todo en una carrera insensata ¿hacia dónde, para qué? El espacio parecía no tener fin, el tiempo tampoco. ¿Serían conscientes de su estado como yo las otras partículas? Viéndolas evolucionar excitadas, febriles, yo me preguntaba qué sentido tenía esta fuga loca de seres mínimos arrastrados por un viento de zozobra. Súbitamente el agua y el fuego amenazaron romper nuestra unidad masiva. Pero esas cortinas flamígeras y esos turbiones líquidos no nos producían calor ni frío: nos disgregaban solamente, trataban de romper la unidad del enjambre. Entonces a manera de un inmenso ejército que rehace sus filas después de ataques sucesivos del enemigo, las valerosas partículas-combatientes volvían a reunirse compactando sus líneas hasta que los adversarios cesaron en su acometida. Yo estaba orgullos de mi sociedad comunal: podía, sabía defenderse. Buscaba con quien comentar las incidencias de la lucha; algo más: quería dialogar con otra partícula cualquiera mas ninguna respondía a mis llamados, las chispitas de luz que despedía solicitando comunicación quedaba sin respuesta. Y otra vez sumida en la horrible soledad del ser consciente que no puede transmitir lo que piensa ni lo que siente. El enjambre seguía su carrera inexorable y yo en él sola, angustiada, impotente, desesperada.

22

La conoció en una fiesta a la cual la esposa no quiso asistir. Los hombres volteaban la cabeza al verla pasar. Admiró su belleza y disfrutó su conversación: era culta y sagaz. Se llamaba Nora. El poeta era esquivo a la seducción femenina, carecía del afán de conquista que atenaza a los más. Y no se atrevía a creer que la dama tuviese interés por su persona. Pero era así: ella lo invitó a salir a la terraza y desplegaba sus artes de fascinación para deslumbrarlo. El propósito era visible: quería conquistarlo.

Nora habla con entusiasmo, conoce sus libros, repite uno de sus poemas con sentido acento. No esconde su admiración. Se refiere, desdeñosamente, al orbe masculino donde todos creen haber nacido para conquistar mujeres y agrega suavemente, con la voz quebrada —fingida o real— que siempre soñó tropezar con un espíritu superior capaz de comprenderla. Las palabras son acompañadas por gestos audaces que aproximan y provocan.

El poeta escucha, escucha la voz femenina insinuante, acariciante. Presiente el peligro: vivir sólo una aventura o anclar en el amor ilícito. Se estremece ¿engañar a la Muy Amada por la vanidad de ceder a la lisonja de la extraña? Las últimas palabras de Nora resuenan en sus oídos:

—Yo exijo todo o nada, no me gustan el engaño ni el amor compartido.

Los ojos zarcos lo dicen todo, la actitud es reveladora: se entregaría pero exige reciprocidad: todo o nada.

15

La mujer insiste:

— ¿Por qué no habla usted, por qué no me dice nada?

El poeta ha vacilado antes de responder:

— La noche está tranquila ¿para qué turbar su reposo?

Y Nora se desvanece en la noche: el peligro ha pasado.

El soñador regresa al hogar. Al pisar el umbral lo invade un sentimiento de regocijo interior: está en paz con su conciencia, ha sido fiel a la Muy Amada, ha vencido el peligro.

Ella está ya en el lecho, no puede dormir hasta que El regresa. El poeta le cuenta incidencia de la fiesta con desgano. Está algo turbado, no cuenta el encuentro con Nora, nada dice de la intención vencida. La besa con ternura y antes de apagar la luz manifiesta:

—No vuelvan a dejarme solo, no volveré a una fiesta sin tu compañía.

La esposa intuitiva ha comprendido.

23

Yo, partícula-consciente, envuelta en el torbellino del enjambre, estaba sumida en ese estado de resignación que se apodera de los infortunados cuando comprenden que es inútil revelarse contra la adversidad; sería siempre así: la danza loca de innumerables fragmentos en el turbión de su girar sin término. Y solo, solo, solo... partícula o fragmento... condenado al movimiento perpetuo, a la fuga sin fin... De pronto allá lejos, lejísimos brilló una lucecita verde en filo de oro. Repitió sus guiños varias veces hasta que comprendí que se trataba de un llamado como los míos que quedaron sin respuesta. Me sobresalté, quedé ansiosa, luego reaccionando comencé a emitir señales luminosas. Pero no había diálogo, porque mis señales no coincidían con las del remotísimo fragmento, como si habláramos dos lenguajes diferentes. Yo “sabía” (no sé cómo) que esa otra partícula, agigantada en mi visual, quería comunicarse conmigo pero no encontraba la forma de hacerlo. ¿Le ocurriría lo mismo a ella? Rodábamos, rodábamos, mundos de mundos, enjambres de enjambres, siempre en fuga desatinada que a veces me parecía obedecer a un designio invisible encaminado hacia un fin... Por ese tiempo ocurrió que solía perder el sentido del enjambre que me contenía y más, aún, de la realidad exterior que lo circundaba como si la embriaguez de la carrera vertiginosa me privara de conciencia. Pero enseguida recuperaba el dominio de mi misma —partícula, fragmento— y volvía a saberme prisionera del movimiento atorbellinado que me arrastraba ¿a dónde, a dónde? Imposible saberlo. A unos rapidísimos despliegues en bandas curvadas de las partículas, sucedían otros veloces repliegues en sucesión tajante de porciones del enjambre que evolucionaban como ejércitos en maniobra espectacular. Unas partículas se estrellaban contra otras sin hacerse daño, en transparente porfía, delatando la extrema movilidad interior del enjambre: olas tras olas, marejada contra marejadas, convulsiones oceánicas sobre convulsiones oceánicas, y de pronto un dispararse del todo hacia un confín sin límites, rugiendo, penando exultando de energía en un despedazarse que era, luego, un reconstituirse sin tregua, en un juego mágico que no acertaba a explicarme. Cuando más aturdido estaba en ese caer de fragmentos, una lucecita remota hirió mi conciencia: decía: “ven, te necesito, júntemonos.” La alegría brilló en mi conciencia, había otro fragmento que requería mi contacto. Pero no pude responderle pues su llamada efímera se desvaneció en el espacio y no tenía a dónde dirigir mi respuesta. Quedé desolado. Se me antojó que las otras partículas se burlaban de mi nuevo fracaso. Y otra vez el remolino endemoniado de los pequeñísimos fragmentos lo arrastraba todo hacia un vórtice presentible más no visible. Se formaron unos castillos verticales en el aire de aguzados torres y las partículas entonaban extraños himnos jubilosos nunca oídos antes. Luego los castillos se aplanaban convertidos en largas y oscuras masas horizontales dejaban escapar cantos funerales de trágica solemnidad.



En un arrebatado de civismo el soñador había abandonado su refugio para ingresar a la lucha ideológica. Piadoso será tratar de olvidar sus decepciones, peligros y percances: todos los hombres los pasan. Trató de formar un grupo homogéneo de profesionales, técnicos y luchadores soñado —¡pobre iluso! — transformar el país. Y después de muchos meses de arduo empeño, veía desmoronarse su sueño por inconsistencia humana, lentamente, sintiéndose agobiado por el peso de la carga contraída. Finalmente llegó el desencanto mayor: algunos de los hombres que creía puros, leales, estaban al servicio de los contrarios.

Esa noche, paseando en la terraza, confiaba a la esposa:

— La revolución moral que anhelaba es un mito, no existe. La generación que debió acaudillar la transformación ética en el país, está ya contaminada. La falta de esos pocos invalida toda la empresa de renovación que me proponía realizar. Y eran de los que más amaba, en quienes mayormente confiaba.

Ella lo reflexionaba:

— La política es así, sucia; mi padre y mi hermano sufrieron mucho por ella. Por eso no quería que incursionaras en ella. Mejor: ahora volverás a nosotros pero me duele tu decepción.

— Di mejor tu fracaso...

— Tu idea fue noble, la frustró el medio social.

Analizaron las ventajas y desventajas de la lucha cívica que conmoviendo a muchos sólo tuvo respaldo efectivo de pocos. ¿Cómo seguir en ella, perdida la fe en la juventud?

— Renuncia la jefatura del Grupo Cívico pero dí la verdad: te vas porque fallaron tus partidarios.

El poeta reflexionó unos instantes:

— No sería noble —dijo— yo tengo el penacho literario. Puedo rehacerme de la caída; ellos son jóvenes, comienzan la vida y el estigma de inconsecuentes les haría mucho daño.

Esa misma noche redactaba su renuncia al Grupo Cívico reconociendo haber fracasado en política que él soñó como la revolución moral, la reforma de las conciencias. La renuncia llevaba por título "Un Capitán muere con su Barco" siendo, como era natural, mal interpretada ya que se ignoraba la verdadera causa que la motivaba. Menudearon las críticas adversas.

Con fina intuición la esposa comentaba:

— Qué importa la incompreensión. Las más bellas acciones son las escondidas. Procediste bien protegiendo a los que te fallaron. Ahora eres nuestro y de tus libros: ¿para qué más?

Otra vez el guiño lejano. Yo sabía que más que un signo luminoso era un llamado, algo o alguien que buscaba comunicación. Respondí con otras chispas de luz pero como la primera vez no encontraba la clave para descifrar ese remoto mensaje. ¿Qué sería? Un movimiento tempestuoso me alejó de cavilaciones. Ondas y ondas de eléctrico contacto asediaban al enjambre que era desplazado violentamente hacia arriba, hacia abajo, de izquierda a derecha y las partículas —yo misma— aparecíamos tan indefensas que tuve compasión por ellas —¿o por mi misma?— al verlas juguete de fuerzas monstruosas, desconocidas, que las arrastraban en una vorágine impetuosa. De pronto se desprendió una partícula y se perdió en el vacío lejanísimo. Y otra. Después recios escuadrones de partículas, porciones del enjambre. Y nadie regresaba. El enjambre reemplazaba a las ausentes fabricando nuevas partículas. El terror me acometió: ¿dónde iban las ausentes, por qué no retornaban? Un extraño presentimiento, una suerte de

lucidez intemporal me hizo sospechar que todo lo desprendido del enjambre era absorbido por unas cavidades negras muy distantes que jamás devolvían lo devorado. Imploré no ser una de esas víctimas: aquí, en el enjambre, se pasaba bien comparativamente a esa negra oscuridad de los huecos lejanos. Más tarde se nos incorporaban, una por una, nuevas partículas venidas de larga distancia. Al principio nos resistíamos a recibir las, pero un mando interior invisible nos obligaba a hacerlo, y las intrusas se integraban a nuestra población errante con el disgusto de las ya establecidas. Así comenzó la primera revolución de las partículas.

26

Volvió del correo y antes de abrir el paquete se solazó imaginando la belleza de los libros: las obras completas de Goethe en dos volúmenes de casi dos mil páginas cada uno. La pasta lujosa, en cuero rojo con hierros dorados. Su único defecto la letra pequeña que cansa la vista. Abrió el paquete: eran, efectivamente dos hermosos volúmenes en cuero rojo primorosamente ornados con dorados de artística factura. Aspiró el olor de la pasta nueva, acarició largamente los libros, se deleitó hojeando sus páginas: en ellas estaba todo Goethe: el gran poeta, el novelista, el dramaturgo, el científico aficionado, el memorialista, el pensador, el crítico, el estilista aforístico. Solo falta la correspondencia del insigne alemán.

El soñador piensa en las muchas horas de recogijo que le brindará los dos volúmenes. Lee algunas páginas y con pena advierte la desigualdad entre la traducción en prosa y la traducción en verso: aquella aceptable, esta muy floja. Pero con todos los defectos de la versión al castellano, aquí está todo Goethe bien compilados, bien estudiado críticamente, ofreciendo al lector el reino opulento de la literatura goethiana.

Bibliófilo es el que ama el libro por su contenido; bibliómano el que lo ama también por su continente. El libro como la mujer hermosa —piensa el poeta— tiene que estar bien vestido. Por eso además de su valor intelectual le gustan los volúmenes lujosos o de buen gusto.

Esos instantes emotivos al recibir, abrir, y tomar el primer contacto con los libros no se comparan con nada: son únicos.

Su biblioteca es el tesoro del soñador: tal vez cinco mil volúmenes conteniendo doce mil obras. ¿No es bastante?

El hombre recorre con amoroso regocijo la extensa estantería donde se alinean ordenadamente, por estatura y secciones los libros. ¡Qué títulos promisoros, qué mensajes de humanidad, qué belleza en el juego cromático de las pastas, qué excelente selección de obras clásicas y modernas!

Estos son los amigos fieles, los que nunca fallan: los libros.

No puede enumerar los favoritos evocan a los más amados: son tantos... Todo Homero, todo Platón, todo Aristóteles. Y Balzac, Tolstoy, Ibsen, Dostoiewski. Más allá Shakespeare, Cervantes, Lope, Calderón y Tiro. Obras completas de Nietzsche. Y Rilke, Hölderlin, Kleist, Novalis. En otra fila Stendahl, Proust, Moliere. El Dante junto a Virgilio, La Biblia al lado del Ramayana. Unamuno y Azorín. Martí y Tamayo. Gallegos y la Mistral. Los Premios Nobel. Momsen y Ferrero, Taine y France. Maupassant junto a O. Henry. Y Burckhardt, Brandés y Symonds. Los grandes críticos: Mushg, Beguin, Dilthey. Novelistas antiguos y modernos como Dickens y Conrad, Mann y Hesse. Filósofos de la talla de Schopenhauer, Shelling, Berdiaev. Estilista como Valle Inclán. Miró. Los tres grandes trágicos griegos: Esquilo, Sófocles, Eurípides. El Séneca moralista y el Wilde esteta. Schiller estrella solitaria. Plutarco y Plotino. Kerseiling, Durant, Maurois. Los ojos recorren ansiosos las hileras de volúmenes y no se cansan de leer los nombres en sus lomos y evocar las delicias que brindaron sus páginas. Es tan magnífico, hermoso y conmovedor poseer una biblioteca propia, amorosamente formada...

El soñador pasa en su Estudio largas horas leyendo, estudiando, escribiendo, haciendo música; y en las pausas de descanso pasea la mirada como un general victorioso por las filas bien alineadas de sus libros.

No sé quienes eran los líderes ni cómo se organizaban pero rápidamente me sentí parte integrante del remolino alzado que parecía desobedecer las órdenes del Poder Mayor. Nos dispersábamos en inmensos movimientos envolventes, luego volvíamos a apiñarnos en racimos no ya ordenados, sino aislados y desafiantes contra un mando invisible. Escuchaba ruidos de protesta mientras el enjambre se desintegraba y perdía su armonioso equilibrio. Creí ser libre... Me alejé del grupo en que andaba inserta y luego fui llamada al orden: la rebelión era contra el mecanismo monstruoso que nos guiaba, mas no contra la porción a la cual cada partícula pertenecía. No había libertad individual, sino grupos aislados, numerosísimos que aun en medio de la carrera espacial se revolvían negándose al ordenamiento enjámbrico. Y parece que en otros enjambres ocurría lo propio pues a la distancia se veían extrañas llamaradas-disturbios que revelaban que la revolución cundía en el mundo de las partículas cada vez con mayor violencia. No sé si sería la explosión interna o un despedazamiento producido desde afuera, mas lo cierto es que ví cómo nuestro enjambre antes más o menos redondeado, se adelgazaba, se adelgazaba hasta convertirse en masas alongarse que perdían muchas de sus porciones de partículas. Luego el Poder nos castigó fustigándonos con rayos de colores que nos hacían daño: uno de ellos me rozó al pasar y me quemó cruelmente. De todas partes surgían, voces, bramidos, acciones bruscas, tropezando a veces unos grupos con otros pero siempre saliendo incólumes por su naturaleza transparente. Era un éxodo dentro de la fuga general a fines desconocidas como si las partículas pretendieran romper la ley férrea de su encadenamiento a un designio oculto que las obligaba a ordenarse dentro del orden secreto del enjambre. Yo desesperaba por poder comunicar con alguien, con algo que me permitiera confiarme y tomar conciencia de lo que ocurría: a veces niebla, niebla, a veces llamaradas, llamaradas, a veces círculos locos que se desplazaban asustados para sentirse después trocados en nuevas figuras de osada geometría. Me parecía lejanísimas de otros enjambres entraban al nuestro y que muchísimas de las nuestras habían desaparecido para siempre. Viví largo tiempo en la confusión: todo cambiante, perverso.

El hombre se levanta temprano, cuando los pájaros saludan el alba. Se ducha, se afeita, se viste. Antes de tomar el desayuno pasea en el jardín absorbiendo los deliquios mañaneros. Hace gimnasia. Aspira el aire matinal, fresco y saludable. Se extasía en la alfombra verde del césped, en la multicromía de geranios, petunias, rosas, claveles, gladiolos, nomeolvides. Esa sumersión en la naturaleza lo fortifica y lo renueva: el hombre de amanecer es siempre más fuerte, de carácter mejor templado que el varón tardío que se levanta en hora avanzada.

El desayuno transcurre en medio de las risas y los gritos de los niños que la esposa apacigua con palabras sagaces. ¡Es tan bello contemplarla, fresca y radiante como estrella de la mañana, rodeada de los hijos que educa con vigilante celo!

Después bajo la sombrilla de lona que preserva del sol intenso, con libros y papeles en la mesa próxima observa, piensa, interrumpe la lectura para anotar pensamientos fugitivos. Transcurren dos horas felices de contemplación y meditación. La Esposa se ha llevado los niños al parque para dejarlo tranquilo. La vieja acacia sombrea el jardín y los sueños del solitario. Un colibrí lo visita en giros relampagueantes y su llamarada verdiazulada vibra en el aire. Es la dicha.

Después oír misa con la familia. El almuerzo dominical trae sorpresas del gusto. Ligero reposo. No necesitan salir al campo porque el campo está dentro de la casa espaciosa. Mientras los niños juegan en el jardín, la compañía y la conversación con la esposa constituyen el mayor placer de la jornada. Ambos leen sendos libros, cambian impresiones, interrumpen la lectura para contemplarse con ternura embebidos en la dicha hogareña.

De pronto la chiquilina, celosa, trepa a las rodillas del padre y pide un cuento: ¡adiós placidez! Hay que dejar todo de lado para complacerla, lo que no es fácil porque la pequeña tiene mucha fantasía, rechaza los relatos ya conocidos y exige siempre otros nuevos. Cuando se cansa de escuchar las invenciones paternas, se aleja a jugar con los hermanos.

Hora del té. La torta imperial con dulce de lecha y hojaldre cuyo atractivo embelesador sólo Ella conoce, yace rodeada de pastelillos y galletas y empanadas. Están las dos madres políticas,

la hermana viuda y los cinco que componen la familia. Cuando los visitantes se van, los chicos se pegan a la televisión. La pareja sube al Estudio a escuchar música: el trío de Mendelssohn, un quinteto de Mozart, el concierto de violín de Viotti. Cogidos de las manos se transmiten las vibraciones que provoca el mundo sonoro.

La cena es igualmente reposada. La coronan la tacita de café y el charuto aromático. ¡Qué placidez! Luego acostar a los niños. Y el premio final: el paseo nocturno en la terraza y en el patiecito de las confidencias revisando el pasado, proyectando el futuro, agradeciendo al Señor la felicidad presente. La luna mira con su cara redonda y sus ojos ocultos. Las estrellas fulguran misteriosamente. Suben fragancias tibias del jardín.

El paseo nocturno dialogado cobra perfiles mágicos.

— A veces me da miedo tanta dicha —ha dicho Ella. Ya nada más le pido al Señor; sólo que dure, que dure este encantamiento...

El la contempla con redoblado amor. Luego dice:

— De todo cuanto hice en la vida: hijos, casa, libros, luchas civiles, poesía, arte, viajes, éxitos de la mente y delirios del corazón, creo que lo mejor, lo más alto que realicé fue casar contigo.

La pareja se desliza en la noche o la noche se desliza en la pareja suavemente, armoniosamente.

29

Tan honda debió ser la revolución de las partículas que después de ella nadie parecía entenderse. Los enjambres transformaron en sistemas solares, con sus planetas, sus vacíos abismales, sus centros de poder irradiantes. Sometidos los fragmentos a presiones desconocidos, impulsadas sin orden ni concierto, nos sentíamos extraviadas en el nuevo orden que mal que nos pesara parecía impuesta, por la antigua fuerza primordial. Trayectos que se quiebran en trayectos. Retrocesos que se funden en retrocesos. Cuando el tumulto terminó, no sentimos más aprisionados, más infelices que antes: el enjambre había comprimido sus alocadas multitudes. Entonces, de pronto, tuve una como revelación del orden mágico que presidía nuestras fugas: la inmensa masa de partículas estaba cuidadosamente regulada por movimientos que dirigían partículas elegidas: cada escuadra de ocho fragmentos era conducida por una partícula-guía o varias escuadras por otra mayor; un tumulto de muchas escuadras por un nuevo conductor, y así sucesivamente, de manera que en las partículas o fragmentos había sargentos, suboficiales, tenientes, capitanes coroneles, hasta convertir la pirámide de los mandos en un general que a su vez eran muchísimos dada la monstruosa extensión del enjambre. Así me fué revelado que si a primera vista y aun dentro de nosotras mismas al enjambre parecía un terrible y colosal torbellino envuelto en una fuga sin fin, en realidad ese vasto desorden aparente se regía por leyes secretas, difíciles de captar. El orden presidía al desorden. Nuestro mundo de locura era también un mundo de leyes y normas preestablecidas. Todo se alborotaba para volverse a recomponer; yo misma comprendí que capitaneaba una masa de veinte escuadras que obedecían a mis giros y evoluciones regulados por el movimiento general de otras escuadras y porciones fragmentarias. El descubrimiento me llenó de alegría: no estaba sola, tenía con quienes comunicar pero la comunicación no se producía porque cada cual afanado en su propia revolución no podía distraerse en contactos individuales con otros fragmentos. Era pues, la nuestra, una asociación sin vinculaciones particulares, una especie de cercanía-lejanía incomprensible. Entonces se me antojó pensar que esa lucecita lejanísima que percibiera como venida de otro enjambre, podría ser una partícula ansiosa de comunicación. Y esta idea me hizo feliz.

30

Todo encuentro es una revelación. Por ejemplo los días maravillosos que descubriste a Tieck, a Jean Paul, a Keats. Aquellos otros en que te hablaron con su blancura deslumbrante Illimani, Illampu, Wayna-Potosí. O los mágicos mundos sonoros de Bach, Mozart, Beethoven. O cuando comprendiste el concierto de formas y colores en El Greco, en Tintoretto, En Wateau. O el impacto tremendo frente a Fidias, Miguel Ángel y Rodin. O la lectura ciclópea de Burckhardt, de

20

Jaeger, de Muschg, de Lesky. O cuando tropezaste con Nietzsche, con Kierkegaard, con Rilke. O las mañanas victoriosas en el jardín. O las tardes contemplativas en el parquecito. O las caminatas en la noche profunda y misteriosa. O los gozos renovados del Buen Amor a la esposa y los tiernos encantamientos con los hijos. El paisaje siempre diferente y siempre el mismo. La novedad del nuevo amigo y la partida del que se ausenta. El pequeño poema o la grande articulación de un nuevo libro. Los contactos humanos, la mano que ayudó a muchos. ¿No es todo revelación, mensaje todo? Porque si sabes ver, si puedes sentir el ritmo interior de cada cosa, ella te dará el secreto de su íntima estructura, su hálito inmortal.

El soñador monologaba con su alma...

Y cuando las dudas lo invadían regresaba al regazo conyugal hacia donde convergían sus ansias y sus penas.

— Sé organizar oficinas y manejar hombre. Tengo carácter suficiente para llamarme hombre de acción. Sé mandar, sé responder por ese mando. Pero ese construir en el mundo exterior, ese darse a los demás, no me satisface. Pensar, escribir, leer, oír música, la historia de las artes, contemplar el paisaje, soñar despierto, la vida de hogar, renacer en tu compañía se me antojan más esencial que la agitación trepidante de lo cotidiano.

Ella ha sonreído. Luego ha dicho:

— Te sobra sensibilidad, es lo que motiva tu inquietud. Pero no debes renunciar ni a la acción ni a la meditación. Ellas te equilibran. Una sola te aminoraría. ¿Qué cosa mejor que el poeta-constructor o el soñador-dinámico?

El hombre, sorprendido, contesta:

—Tú siempre llegas a la raíz de las cosas. Dices bien: ningún esfuerzo es perdido, nada está demás.

El soñador inicia un negocio de construcción de casas para mantener su familia (porque nadie vive de sus libros en el país) y simultáneamente comienza un nuevo libro de ensayos. A veces le parece que se comprime demasiado en el pensamiento, otras que se distiende mucho en la materialización de obras concretas. ¿Dónde está el justo límite entre acción y meditación?

Cosas, cosas, hacer cosas... Ideas, ideas hilvanar ideas...

Lleva vida metódica, evita los extremos del cansancio físico y del agotamiento mental. Se disciplina. Tiene un defecto que no pueden corregir los años: la impaciencia de ver concluida la obra iniciada sea en la materia sea por el espíritu. No ha terminado una y ya está pensando en otra. Nunca deja trabajo para el día siguiente: quiere terminar todo en la jornada.

Entonces el Maestro Interior murmura desde adentro:

— No hay por qué apresurarse: el tiempo es largo, tu actividad mucha. Modérate.

Nunca pude entender cómo se organizaban, descomponían y recomponían las porciones integrantes del enjambre. Junto a las caras conocidas aparecían súbitamente otras nuevas: ¿de dónde procedían y cómo se añadían al gran cuerpo general de fragmentos? Nunca lo supe pero si comprendía que ese flujo y reflujo constante de partículas, visiblemente desordenadas y dispersas en el torbellino, secretamente organizadas en un orden interior de escuadras, compañías, regimientos y batallones obedecía los mandos de un Poder Misterioso que sabía perfectamente hacia dónde nos conducía y el por qué de ese rodar vertiginoso. La ley de fuga normaba el universo de las partículas y de los enjambres: todos parecían escapar de todos aunque un enlazamiento invisible regía aproximaciones y distancias. Comencé a pensar que toda partícula tenía un alma, como la tenía yo. Ansiosa de saber, de comprender. El gozo de la energía pura nos regocijaba, la oscuridad del propio destino nos angustiaba: ¿hasta cuándo, por qué, para qué...? Nos precipitábamos en embudos gigantescos, resurgíamos en ondas

excéntricas de superficie ilimitada. Hombres, ciudades, estrellas, galaxias ¿qué relación mantenían con la profusión desmedida de las partículas girantes? Tan pronto el desorden del granizo, tan pronto la armonía con que crece la hierba. Yo pensaba: “cuán inmenso y poderoso debe ser ese Poder o ese Señor que rige el universo moviente de los fragmentos.” No podía imaginarlo... Se me antojaba que un mensaje de religiosidad subía del torbellino: “haz tu camino, rueda, rueda, rueda, no te detengas, tu ley es el movimiento. Obedece... Cumple la función que te fue asignada aunque no la comprendas.” Y del fondo de mi ser ascendía un doble sentimiento de pavor y de admiración por esa Fuerza Oculta que nos había reducido a lo mínimo para arrojarnos después a la máxima expansión de energías en fuga hacia metas ignoradas. ¿Por qué no se nos daba reposo, porqué siempre correr, correr, correr? El miedo comenzaba a socavar en mi la antigua confianza: éramos juguetes no del azar, sino de una inteligencia implacable que nos imponía sus leyes.

32

Los amigos son necesarios. El soñador concurría algunas veces a la cafetería donde se juntaban Roberto el filósofo, Carlos el dandy, José el financista, Néstor cosmopolita, Bacho el ocurrente, Luis arquitecto. Al principio todo iba bien: las discusiones temperadas, los chistes ingeniosos. Después el círculo se ensanchó, vinieron otros y el rumor insidioso y el chisme procaz sustituyeron a la primitiva armonía. El soñador se apartó.

Más no dejó, por ello, de mantener vinculación con los amigos: en el fútbol, en los paseos, en el encuentro diario, en los cines, a veces en el trabajo común le era grato hallar apoyo en los amigos y recíproca confianza.

Los tuvo de toda laya: en intimidad, en periodismo, en negocios, en política, para correr aventuras y soslayar peligros. Los predilectos no pasaban de cuatro o cinco.

Grato es el mundo de la amistad, no podemos sustraernos a su encanto. Trepas un cerro, confiarse los amores juveniles, leer juntos un libro, interrogar al enigma, ayudarse en los peligros y en las dificultades, correr aventuras, enfrentar la adversidad, solazarse en las comidas, evocar a los poetas persas, deleitarse en la música de los primitivos, apoyarse uno en el otro y recíprocamente; todo esto es noble, es bello. La amistad verdadera baja del cielo y jamás se quiebra aunque haya que vencer las pasajeras disidencias.

Grande cosa son los amigos de la vida exterior. Pero los amigos del ánimo los igualan. El poeta no se cansa de dialogar con el Gran Nevado, recoge el trino de los pájaros, la fragancia de las rosas, la mansa lección del árbol, el verde centelleo de la grama del jardín. Habla con los libros. Absorbe la música. Nunca da reposo a la inquietud contemplativa de la naturaleza ni a los procesos discursivos de la mente. Absorbe, absorbe... También es su amigo “Trucutú”, el perro fiel y lo son las estrellas y las nubes.

El hombre de leales amigos y hondas vinculaciones por el mundo de la inteligencia y de los sentidos, es un elegido. Se siente reconocido al Señor prodigador de bienes. Pero su mayor alegría, su íntima confianza reposan en la Compañera que le dio el destino.

— Capitana de mis inquietudes y mis sueños: tú eres en verdad el mejor amigo...

Los amigos son muchos: Alfonso, el librero, con el cual siempre se discute; Ernesto, el imprentero, sagaz colaborador para que los libros aparezcan bien presentados; Armando, el colega periodista gentil y afectuoso; Eduardo, el de las salidas truculentas y las bromas a flor de piel; Moisés, compañero desde la juventud; Mario el diligente; y tantos otros.

Y están, además, las personas que sin compartir la intimidad del poeta se vinculan en alguna manera con su actividad.

El soñador piensa: “todas son dignas de cariño, de confianza; ¿qué sería del ser humano sin amigos ni relaciones sociales? Están, asimismo, padres, hermanos, parientes.

Esta mañana, junto a los geranios de vívido punzó, sumergiendo la mirada en el verde tierno del jardín, el soñador se ha dicho: “tengo tres amigos maravillosos: María, mi mujer; el Gran

Nevado que enciende el ánimo; y el Maestro Interior que nunca engaña. Todos los demás sólo son súbditos del reino de la amistad y las vinculaciones afectivas.”

33

Sin saber cómo sucedió que súbitamente me invadió un deseo de tener compañía, alguien a quien confiar, con quien poder compartir ideas, sensaciones, inquietudes. Porque dentro del enjambre todas las partículas o fragmentos éramos simples células aisladas, individualidades separadas una de otras, ligadas, sí, por el gran impulso vertiginoso que nos movía pero ignorándonos mutuamente porque el movimiento perpetuo que nos hacía rotar en el espacio impedía contactos ni comunicación alguna. Luego la posición de las partículas es siempre cambiante, llegan, se van, regresan, parten nuevamente con tal velocidad que aun queriéndolo no sería posible lograr un diálogo. Comprendí que estaba condenado —miserable fragmento aislado sin saber por qué ni para qué, en la negra noche de las cosas que no pueden ser explicadas. Me invadió la tristeza, una tristeza sorda, que vivía para adentro, sin poder vertirse al exterior. Entonces me ocurrió pensar en esa chispita de luz, primero rojo brillante, después hondo topacio, finalmente zafiros mezclados con esmeraldas y se me antojó que esa remotísima presencia podría ser, como otra partícula ansiosa de comunicación... Me reí de la idea: ¡qué absurdo! ¿Cómo podrían corresponder dos elementos tan distintos, tan alejados, perdidos en la inmensidad abismal de enjambres diferentes? Yo, fragmentos ínfimo de un colosal encrespamiento, nada podía esperar de una partícula lejanísima presa, a su vez, de otra descomunal traslación en el espacio que por un extraño fenómeno yo podía percibir intuitivamente, mas que nunca, nunca, se aproximaría hasta un encuentro feliz porque nadie sale de su enjambre. Sin embargo, aunque todas las probabilidades estaban en contra cuando entramos a una zona de sombra me concentré hacia adentro hondamente, hondamente y tomando de mi interioridad una fuerza salvaje perforé el espacio con el rayo de mi deseo y pensando “quiero verla, quiero verla”, alcancé a ver (no sé cómo, no sé cómo) esa lucecita remotísima de la otra vez que me hacía guiños telegráficos... Vibré de gozo: existía una partícula que comprendía, y acaso buscaba comunicación como yo mismo. No lograba el contacto distanciado a voluntad ni cualquier momento, pero en los periodos de intensa concentración, cuando mi deseo parecía ser más fuerte que el enjambre (¡qué absurdo!) la chispita de oro me respondía e interrogaba a su vez desde su pasmosa lejanía. Otras veces me parecía recoger el murmullo de una voz apasionada, un llanto suave, la trémula risa de un ser encantado, de una partícula llena de vida propia y ansiosa de ser encontrada... El hallazgo de la partícula desconocida me produjo intensa alegría: ya no estaba solo, no era un fragmento perdido en la vastedad de los enjambres y lo incomensurable del espacio. No era una compañera, ciertamente, pero si un punto de contacto, voz sin voces, lengua sin palabras, una presencia luminosa que me hacía saltar de gozo. Yo sentía ser como un rey que sabe que su reina existe aunque no pueda alcanzarla... Y conocí también la turbación triste-alegre del sueño que apenas puede ser imaginado. Y de tanto frecuentar a la partícula hundida en la desesperada lejanía, llegué a inventar una especie de lenguaje cifrado: tantos chispazos, tantas mudas de perspectiva, rayos largos, rayos cortos, la misma intensidad de la luz, todo me servía para conjeturar o imaginar que la partícula distante comunicaba conmigo.

34

Se fue cerro arriba, salvando riscos y quebradas, tras dos horas de continuado ascenso. El aparato muscular respondía perfectamente. El corazón funcionaba con regularidad. Sus pasos eran firmes, seguros. Habitado a largas caminatas y ascensos no se cansaba porque su marcha era pausada y metódica.

En los momentos de descanso, sentado en la ladera empinada al poeta le agrada contemplar la ciudad lejana con sus torres y casitas hundidas en la gran hoyada. ¿No es una maravilla que sus piernas lo hayan traído tan lejos? Después reanuda el ascenso. A veces cae una piedra y rueda, rueda cuesta abajo. O un “allkamari” de pico rojo y alas negras sacude el aire circundante. La cima del cerro, todavía algo distante, parece un gigante lleno de promesas. Un guijarro centelleante llama la atención: no es sino un pedazo de cuarzo. Silba un viento suave en la paja brava. Un corte en la pendiente obliga a descender y tomar por un desvío. El sudor corre por la frente, toda la máquina somática vibra de fuerza sana y enérgica. Una lagartija de escamas verdes transita juguetona, sin miedo al intruso, suelen llegar voces y músicas extrañas, como en sordina, muy vagas, muy lejanas que no se sabe si son rumores del aire, efusiones de la tierra,

23

repercusiones de la mente o del tejido corporal. ¡Suceden cosas tan insólitas en el solitario ascenso del monte!

Finalmente un último esfuerzo y el luchador, victorioso, pone la planta atrevida en la cerviz del cerro.

Ahora el viento sopla con ímpetu ¿pero qué importa? El trepador de montañas se alza erguido, desafiante, y contempla el paisaje tempestuoso que sube de mil metros abajo hasta una arriscada orografía.

El hombre ha escalado muchos montes en diversos países — no alpinismo ni andinismo que exigen preparaciones y equipamiento previos— y piensa que en parte alguna es el paisaje más fascinante ni la tierra más rebelde que en el hoyo andino. Aquí trepar montañas es descubrir mundos mágicos, visualidades desconocidos que encienden el pensamiento.

El soñador evoca sus lecturas de filosofía oriental, las grandes religiones pesimistas que se evaden del mundo en busca de nirvanas o paraísos inhallados, y desde la cima del monte secular piensa que mundo y materia existen, son cosa verdadera que ninguna ideación puede abolir. Y que trepar a la montaña es la mejor lección de carácter para cuerpo y mente, para comprender que la materia existe con o sin el hombre.

No alcanza a divisar su casa perdida en el gran tapiz multicolor de la urbe distante. Piensas en los seres amados: ¿qué estarán haciendo? Un estremecimiento de ternura recorre su cuerpo: ¿qué valen las maravillas del paisaje frente a la emoción de un corazón enamorado de los suyos?

Desde la cima del monte el poeta se siente dueño del mundo, amo del destino.

El descanso tiene menos atractivos. Y al entrar en la casa lo aguarda la mirada fiel de los ojos oscuros:

— Debes estar cansado. Báñate. Voy a prepararte el té con buñuelos.

El soñador siente que el rey de las cimas se ha convertido en el soberano del hogar.

No sé si fue mi imaginación o realidad pero lo cierto es que creí percibir luces intermitentes que respondían a las que yo emitía. Una especie de telegrafía cósmica. La partícula trataba de entenderse con el fragmento. Bien sabía yo que dentro de las leyes inmutables de los enjambres ninguna partícula de uno de ellos podía pasar a otro. Debía contentarme con ese contacto a distancia, sin que jamás llegará a reunirse con ella, la lejanísima. Lo sabía pero una esperanza loca agitaba mi interior: ¿y si se produjera un cataclismo de esos que recordaban las antiguas memorias y en medio de la terrible confusión se mezclaran partículas y fragmentos de diversos enjambres? Parecía absurdo pero había sucedido en tiempos remotísimos. Esa esperanza alimentaba mi ilusión. Entretanto yo seguía intercambiando señales luminosas y esporádicas con esa otra presencia lejanía que parecía corresponder a mi interés. Díme a pensar lo hermoso que sería tener una compañera, una confidente, una amante capaz de compartir mis penas y alegrías — porque también los fragmentos oscilan del dolor al júbilo —, ese alguien, este otro que nos completa como había advertido en otras partículas que semejaban rodar en parejas. Un guiño me hacía feliz, una chispa de luz encendía mi curiosidad. Pensaba, pensaba que detrás de esas señales intermitentes existía otro ser como yo, ansioso de contacto y comunicación. Pero la vida del enjambre dentro del cual me movía era siempre igual: girar, girar locamente, con sus fragmentos o partículas surcando el espacio con regularidad, o bien arrastrados en movimientos irregulares que aparentando descomponer la órbita de su carrera, en realidad se separaban, volvían, y se desplazaban con perfecta armonía como obedeciendo a una monstruosa ingeniería. Escuadrones tras escuadrones, ejércitos que siguen a ejércitos. No sé por qué concesión especial — ¿o sucedería también a otras partículas? — yo podía ver, sin abandonar mi sitio, como si estuviera afuera el total y vertiginoso rodar del enjambre al que pertenecía. Esto me llenaba de admiración y de pavor a la vez: era tan inmenso el enjambre, sus giros rapidísimos y su rotación traslaticia en el espacio se desplazaba inexorable como una fuente inagotable de energía. Me



causaba miedo. Otras veces cuando no se alteraba el rotar ordenado de sus ondas apretadas de partículas, me entraba el gozo tranquilo del vértigo conocido: todo normal, sereno, inmutable. A esos instantes de sosiego sucedían las olas tempestuosas del chocar, alejarse y rehacerse de los fragmentos mezcladas con un zumbido enloquecedor que parecía aumentar a la máxima tensión el cordaje vibrante de nuestras mínimas e infinitas presencias corpusculares. ¿Qué me había incorporado al enjambre, por qué estaba como encadenado a la tremenda rotación de sus células, hasta cuándo duraría este cautiverio del movimiento? Preguntas sin respuesta. Sólo sabía que formaba parte microscópica de una acción desmedidamente vasta que se trasladaba aceleradamente hacia lejanías espantables. Y a pesa de mi pequeñísima y miserable existencia, me era dado soñar, imaginar cosas sucedidas o por transcurrir que me devolvían la confianza en un futuro mejor en el cual dejaría de ser fragmento entre fragmentos enjambrados, todos, en un universo integrador que no sé si movía un genio benéfico o la ira de un gigante enfurecido.

36

El poeta está en la redacción del periódico donde todo es bulla y movimiento. En la gran sala de redacción se apiñan veinte escritorios con otros tantos redactores que recogen las informaciones de los reporteros, o urden sus propias cavilaciones sobre temas del día que jamás satisface al director: si es dura porque es muy dura, si es blanda, porque es muy blanda.

Puede concentrarse entre el ruido de las puertas, el tecleo de las máquinas, los rumores entrecruzados de las voces que gritan y se enardecen.

Ahora está frente a un problema de conciencia: el escritor Duarte le ha pedido un comentario crítico a su último libro. Es un libro desmañado, pobre de ingenio, de prosa desteñida. Pero Duarte es un excondiscipulo, tiene seis hijos, vive muy pobremente y la crítica del poeta puede hundir o hacer vender su libro. El poeta, hasta hoy, no casó con nadie en materia de juicio literario. Lo bueno era bueno y lo malo malo. Ni amigos ni enemigos, era temido por su probidad de juicio. Pero ahora enfrenta un caso de conciencia: ¿vale más ni prestigio que la salvación del apurado?

El soñador va a su casa, consulta con la esposa. Y ésta sugiere:

— Todos podemos equivocarnos; que digan que tú te equivocaste una vez. Salva a Duarte.

El poeta vuelve a la redacción. Está avergonzado y feliz al mismo tiempo: violentará su conciencia de crítico pero ayudará al necesitado. Sale la crítica y causa revuelo en el ambiente. ¿Cómo un diario del prestigioso de "NORTE" puede amparar semejante mediocridad. Los palos menudean para el periódico y para el comentarista.

A las burlas de los compañeros de redacción — la más sangrienta ¿"cuánto te pagaron por ese elogio?" — sigue la llamada a la dirección. El director es un hombre de pocos amigos, severo, justo, le gusta que todo ande como un reloj.

— ¿Cómo es posible que haya ensalzado usted ese adefesio. He leído el libro, no vale nada.

El soñador no sabe qué contestar. Reflexiona y luego responde:

— No sé, señor... Tal vez estaba distraído... O no leí bien... Reconozco haberme equivocado.

— Su crítica ha dañado al periódico. Por esta vez lo multaré con 7 días de multa.

El poeta se retira humillado. Soporta dos burlas más de los compañeros y se va de la redacción confuso pero interiormente contento: ha procedido bien, ha tendido la mano al desamparado.

Dos días después pasa a su lado Duarte y apenas lo saluda. El soñador que cree ser merecedor de pleno agradecimiento queda estupefacto: “¿pero qué le pasa a éste?” Seguramente no me ha visto y ha saludado distraído.

Avanza un poco y tropieza con Meléndez, compañero de trabajo. Este la da una palmada afectuosa en el hombro y cuenta:

— Acabo de encontrarme con Duarte. Está quejoso, dice que tu crítica no es suficientemente elogiosa, que le has mezquinado el juicio.

El poeta enmudece. Tiene que apagar la rabia que le crece por dentro.

Después del trabajo —la decepción le ha durado todo el día— se dirige al parquecito del Montículo. Aquí, en la soledad serena del atardecer, reflexiona en la ingratitud humana. Ha salvado a Duarte, el libro se venderá bien, a costa de su fama en el periódico y el desconcepto en sus lectores. Coge una piedrecilla y la deposita delicadamente en el pretil de ladrillo. ¿Qué ganaría con arrojarla violentamente al espacio? ¡Pobre Duarte! Algún día reconocerá su error.

Por la noche confía a la compañera el incidente:

— No te preocupes. Procediste bien, no importa que nadie lo reconozca. El Ángel de los Buenos Actos te aprueba.

37

El mundo dentro del cual me muevo no es un orbe organizado que obedece a leyes matemáticas; al contrario: se me antoja un torbellino pero un torbellino de ritmo dispares, donde todo se transforma incesantemente: olas contra olas, multitudes contra multitudes, cuerpos que chocan contra cuerpos que se repelen. Y todo en giros, arranques, toques leves o bruscos, si ley, sin mando, sin planes previos como si todo sucediera simplemente porque sí, en una baraúnda de ruidos e impactos desconcertantes. Ahora creo que el enjambre, que antes me parecía obedecer a un orden secreto, no obedece a ninguno, es sencillamente el caos, la confusión: nada sigue a norma, nada se sujeta a repetición. Por eso los millones de millones de partículas giramos, corremos en carrera desbrujulada, desde no se sabe dónde y hasta no se sabe cuándo. Lo único que me tranquiliza en esa tempestad desatada de sensaciones contrapuestas, en esa locura del movimiento sin sentido, es el reclamo lejanísimo de la lucecita misteriosa que busca comunicación... Si: ella me dará una clave de verdad, acaso la paz, la comprensión final porque yo, mísero fragmento, siento que allá en el remotísimo confín de los espacios, me aguarda una dicha inesperada... Una partícula que me necesita como yo la necesito a ella. De pronto un gigantesco sacudón nos proyecta violentamente a todos los fragmentos en un impulso aterrador. No se sabe si es otro enjambre que pasó cerca del nuestro, o sólo un ejército de partículas disparadas desde el centro del remolino que nos conforma. Ha sido un choque brutal que nos ha desviado del curso regular de nuestra carrera cósmica. Un choque, un golpe, una remezón formidable. O acaso una fuerza desconocida que al dispersarnos tal vez cumple un designio preconcebido. Pero los fragmentos o las partículas poseemos una energía interna que vuelve a unirnos después de la dispersión y después del impacto descomunal, ¡oh maravilla! Pude ver que la partícula lejana se había aproximado considerablemente a nuestro enjambre, como desprendida de otra acumulación de fragmentos. Y entonces alcance a entender que los rayos lumíneos que proyectaba decían claramente: “¡Ven, te necesito, ven!” Una inusitada alegría me conmovió: ella, la partícula desconocida me necesitaba, tal vez me amaba, compartiría mi destino y yo el de ella. Y como estaba más cerca —o menos lejana— aprendí a descifrar su lenguaje luminoso. A veces conversábamos lacónicamente, a veces su luz se perdía en el vacío sideral pero al reaparecer me parecía más viva, más próxima, más anhelosa de comunicación. Ella, ansiosa, telegrafiaba: “¡Espera, espera, llegará la hora de juntarnos!” Yo, alborozado, emitía mis señales: “¡Te adoro, partícula lejana, te adoro!” Con mi doble percepción visual contemplaba la inmensa distancia que nos separaba, y a veces me parecía que se acercaba al punto de poder reconocerla entre millones de partículas rodando en el vacío. Toda mi vida cambió: ya no estaría solo: alguien compartiría el curso loco de mi fuga en el cosmos, ¿pero cómo llegar hasta ella? La duda me angustió al pensar que los fragmentos del tremendo núcleo que nos conformaba no parecen tener voluntad propia sino que obedecen a poderes desconocidos que nos impulsan —ciegamente, conforme a plan?— y que no éramos dueños de nuestros destinos, sino solamente juguetes de la monstruosa energía que mueve los universos. ¿Pero por qué la partícula distante

había establecido contacto conmigo haciendo nacer en mi interior el deseo desesperado de alcanzarla y unirme a ella para siempre?

38

El poeta está intranquilo. Son muchos meses, tal vez dos años que su situación financiera bordea el naufragio. Una mina de zinc lo arrastraba al desastre. Ya se sabe que las minas o elevan al cielo o precipitan al abismo. Cuestión de suerte. El poeta no tiene suerte para los negocios: puede mantener su hogar, publicar sus libros, mas no conoce lo que es tener fortuna, reservas económicas para asegurarse una vejez sosegada. Y queriendo lograrla cayó en el embrujo minero que enriquece a pocos y arruina a muchos.

Suele despertarse en pleno sueño, inquieto: ¿por qué este torbellino de prestamos, letras, pagarés que quita el sueño? La casa está hipotecada y podría rematarla uno de los Bancos. Y los intereses crecen, crecen desmedidamente. ¡Pobre del que debe dinero, siempre acosado por los vencimientos inexorables! Desdichado el que carga sus deudas y no puede librarse de ellas. Ya no vivirá tranquilo ni conocerá reposo porque las deudas crecen como hongos: brotan y se acrecientan por el efecto multiplicador de los famosos intereses que agobian al deudor. Las deudas —piensa el soñador— agujijones de Dios o del Destino prueban nuestra entereza de carácter, son las moderadas del despilfarro y del descuido. Son, también, las celadoras de la imprevisión y de la mala suerte. Quien no las soportó no es varón completo porque es la necesidad, la extrema necesidad la que da la medida del coraje humano.

— No te aflijas —decía la esposa— tenemos obras de arte objetos valiosos; serán vendidos y podrás librarte de obligaciones bancarias.

— ¿Y si no bastan para cancelarlas todas?

— Si el Señor lo dispone abandonaremos la casa y volveremos a vivir en dos cuartos como cuando recién casamos.

El poeta admira la nobleza de la compañera pero él no se resigna a perder la mansión familiar donde transcurrieron los mejores años de su vida. Y sigue bregando, sigue buscando más trabajos, ingeniándose nuevos recursos. Pero los intereses suben, suben y las deudas crecen como una montaña que amenaza aplastar al deudor.

Pasan meses, un año, dos de redoblada inquietud. No se puede vender la mina, ni objetos de arte. Tampoco aumentan los ingresos familiares que apenas alcanzan para mantener la familia. Si: se puede mantener viva la fe en el Señor, la esperanza en el corazón, pero hay instantes en los cuales las deudas desgarran carne y alma con dientes acerados.

El poeta ha soportado el peso del infortunio. Ha soñado muchas veces, que lo expulsaban de su casa. Es estremecedor leer en los diarios esos edictos que por sumas menores a la que nosotros adeudamos, se ejecuta y señala el remate de casa y bienes inmuebles.

El soñador reza, pide ampara al Señor: “piedad y recibiréis”, “tocad y os abrirá”. Mas puertas alguna se abrirá”. Mas puerta alguna se abre ni desciende el don de Dios para socorre al afligido. Decimos que somos más espirituales que materialistas, pero en verdad el dinero domina la vida civilizada. La necesidad es la madre del hombre. No hay sosiego para el que transcurre entre deudas y pagos forzosos.

Dos años de angustias renovadas. Un día se presenta un comprador inesperado: tres soberbios esculturas de bronce cincelado, herencia de los abuelos, se ausentan de la casa. El poeta paga sus deudas y la felicidad sin sombras vuelve a la casa: ya no debe a nadie, ya nada perturba la quietud del sueño, ya no suena el teléfono exigiendo el pago de obligaciones.

— Milagro de Dios —dice la compañera.

—El destino nos ha probado —añade el poeta.

Y ha compuesto una Elegía a los Tres Hermanos Ausentes. Cada vez que alza los ojos y al fondo, en la sala de música, mira los sitios vacíos que dejaron los tres bronce cincelados se

27

enternece. No los extraña por su valor intrínseco, sino por su valor sentimental, por su valor estético, por su valor de seres habituales que encantaron las horas pasadas.

Pero más valen la casa, la seguridad de la familia, la propia tranquilidad y el soñador todavía melancólico evoca la plástica hermosura de los Tres Ausentes mientras una suave e íntima alegría le aclara el alma: “soy libre, no debo a los bancos ni a personas, jamás volveré a prestarme dinero.”

39

Ha llegado un tiempo de grandes sobresaltos. Los enjambres se entrecruzan, chocan violentamente, se disparan a la lejanía y vuelven a tocarse rudamente. Nadie sabe lo que ocurre. Cierta vez aparecieron nuevas partículas en mi sector cosa que jamás había ocurrido y otras, de las nuestras desaparecieron en esos encuentros velocísimos. Revolución sin jefes ni plan concreto. Yo la llamo “el torbellino cósmico” ignorando quien lo produce y quien lo dirige porque debe existir una conducción en este estrépito de mundos que nos saca a todo de quicio. De pronto una idea loca me conmueve: “¿y si la partícula lejana pudiese acercárseme, si alcanzara a conocerla? “ Pero durante mucho tiempo la partícula —estrellita dirían los poetas del mundo terrestre— desapareció y hasta pude pensar, con amargura, que había sido devorada por el torbellino cósmico. Se prolongó el desquiciamiento del enjambre, de los enjambres, un tiempo más, luego todo volvió a la normalidad: escuadrones, ejércitos, multitudes enjambradas giraban otra vez conforme a un orden regular que a mí seguía pareciéndome la confusión porque nadie sabía por qué ni para qué girábamos furiosamente libres, misteriosamente encadenados. Terrible antinomia: el cosmos y sus fragmentos. Girar, girar, alimentando y destruyendo mundos deshaciendo y recomponiendo el fino tejido de la tela enjámbrica. Nuevamente la desazón me invadió: millones y millones de millones de fragmentos como millones de millones y millones de partículas éramos los prisioneros de un destino voraz que nunca nos permitiría el reposo. Andaba su ido en tristes reflexiones sin que por ello se detuviera nuestra fuga precipitada a un destino ignorado, cuando una chispa graciosa y fugaz cruzó junto a mí perdiéndose en la densidad enjámbrica antes de que identificarla: ¿quién era, sería ella? ¿Sería mi partícula lejana? Posteriormente cruzaron otras centellas rapidísimas, pero no pude entender lo que decían, acaso porque no se dirigían a mí. La ansiedad me atormentaba: ¿volvería o era solo una ilusión mía? Se produjeron varias colisiones y fugas de partículas que extrañamente invadían nuestra área territorial, pero las pocas que se integraban a nuestro enjambre eran hoscas, silenciosas evitaban comunicación como criaturas de mundos extraños ajenas a nuestro modo de rotar. Durante un periodo de sombra, cuando más desalentado me hallaba brilló en el aire una chispa de luz cárdena y azul, se detuvo un instante y antes de reemprender su fuga me pareció recibir su mensaje: ¡volveré!” Salté de júbilo: ella existía, retornaría, habría un encuentro que rompería lo monótono de mí existir. El fragmento y la partícula ¿se integrarían en un solo ser o seguirían siendo partes asiladas pero afines de un hallazgo singular? Allí, lejísimo, al solo alcance de mi vista omnividente, brillaba la chispita de luz graciosa, alegre, provocativa despertando en mí esa fuerza mágica que se llama el sentimiento.

40

El soñador está solo: la Bien Amada partió en el viaje sin retorno, Pero le ha dejado la magia del recuerdo, presencia sin presencia, estar invisible, música inaudible.

Hace, de regreso, todo el camino recorrido con ella que le parece un prodigio de venturas.

Comprende que sin Ella no habría sido posible las trayectoria del luchador, del hombre publico, del artista, ni siquiera el remanso del habitante de su hogar.

La voz armoniosa no resuena en la casa. El patiecito de las confidencias enmudece. Las rosas del jardín lucen desmayadas. En el parque de los primeros versos flota una elegía pesarosa. Ni amada ni consejera: sólo el nombre insigne que evoca la sonrisa furtiva, el mirar misterioso de los ojos oscuros, la voz cálida que envolvía en ondas de ternura.

A la hora de la síntesis final el soñador comprende que el encuentro con la Bien Amada no ha sido cosa fortuita, juego del azar, sino designio previsto, flujo destinado. Así, necesariamente, tenía que ser: la fusión que no se repite en millones. ¿Cómo de los torbellinos del mundo pudo surgir la maravilla de la pareja ideal? La atracción biológica corrió pareja con el

28

ajuste espiritual. Música armoniosa el lenguaje cotidiano. Sueños y trabajos labrados con afecto. Era tan hermosa la vida a su lado...

El poeta sueña, el poeta recuerda... Tantas cosas bellas y queridas... La flor de la gratitud jamás perece... El mundo reducido a dos seres que se aman y se entienden... Muchos años de bienandanza, luego el vacío... El vacío, por qué sí el vacío sigue la pasión sigue latente y la memoria no extingue sus recuerdos?

El soñador cree en la ultravida: existe el Más Allá. Los que se amaron volverán a encontrarse... Tal vez no en la misma figura... Acaso en dimensiones mayores... O más bien en proporciones menguadísimas: tal vez un fragmento, tal vez una partícula que volverán a entonar la música del Amor Fiel, el encuentro misterioso de dos que siguen siendo uno...

41

A las constantes alteraciones del último periodo, sucedió un tiempo calmo. Incomprendiblemente nuestro enjambre se veía cruzado por centellas fugitivas que pasaban velozmente; algunas, intrusas, se metían dentro de nuestra gran masa galáctica expulsando a otras que eran expelidas al espacio. Ya estábamos acostumbrados a recibir visitas. Dos, tres veces, reconocí a la partícula lejana que me sonreía con bondad y desde entonces la llamé Mi Partícula, la que me pertenecía, la que debería llegar para romper la monotonía de mi existir y dar un sentido a todo lo que me pasaba... Un día inenarrable Mi Partícula penetró en el enjambre, me buscó, se aproximó. Quedé extasiado: era tan primorosa, tan linda... Sus giros tan graciosos... Emanaba serenidad... Conocí, entonces, por primera vez, lo que significa la palabra felicidad. Se acercó mas aún, me penetró, o yo entré en ella... No sé cómo sucedió ni por qué sigue siendo... La loca carrera habitual, la desordenada en el espacio se convirtió en una estructura musical: ya tenía mi pareja... Y aunque nos sabíamos como encadenados a un designio enigmático, forjábamos planes para un futuro indeterminado... Pensábamos y obrábamos como un solo ser... Ya no más amargura, desaliento ni perplejidad: todo me parecía ordenado y armonioso: junto a Ella el rotar dentro del océano enjámbrico adquiría nuevo sentido... A las dudas siguieron la certidumbre y la confianza: el bien acompañado ya no se rebelaría contra la ley de la fuga incesante... Sentía que yo, Fragmento, y Mi Partícula formábamos un solo ser perfecto, armonioso, penetrado de equilibrio interior... A sí comprendí que dos entre millones y millones de fragmentos o partículas últimas, éramos los privilegiados del Buen Amor... Los que algún día ascenderían al milagro del Hombre y la Mujer destinados al Eterno Amor, al encuentro indecible de uno que sigue siendo dos...

La presente primera edición de "EL ENCUENTRO" Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © Rolando Diez de Medina, 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)